

**CONSCIENCIA E INCONSCIENTE DESDE EL
BIOANÁLISIS Y EL CONSTRUCTIVISMO MONOLECTICO. (Parte V)
MÁS ALLÁ DE CARUS, FREUD Y FERENCZI**

Ps. Juan V. Gallardo C. (*)

RESUMEN:

El propósito de este trabajo es revisar las elaboraciones de C. G. Carus, S. Freud, C. G. Jung, G. Groddeck y S. Ferenczi sobre el Inconsciente a la luz del Constructivismo Monolético y el Bioanálisis, desde una perspectiva holárquica. Esta revisión se apoya en las proposiciones de A. Koestler acerca de un modelo holónico, en la epistemología del Materialismo Filosófico de G. Bueno (FiloMat), y en la teoría del cerebro TriUno de P MacLean. Se exploran los aportes específicos de cada autor al concepto de Inconsciente, considerando una definición que lo concibe como un “constructo abstracto, genérico, estructural, funcional, a-sensorial y (sin) categoremático”, y entendido a su vez como un objeto material relacional (M3) y representacional (M2). La finalidad de este trabajo es distinguir y comparar estos desarrollos para construir una visión sintética y unificada del concepto, sentando las bases para un modelo de Aparato Mental organizado en estratos psíquicos.

Palabras claves: Inconsciente, Constructivismo Monolético, Bioanálisis, Holarquía, Aparato Mental, C. G. Carus, S. Freud, C. G. Jung, S. Ferenczi, G. Groddeck.

SUMMARY:

The purpose of this work is to review the contributions of C. G. Carus, S. Freud, C. G. Jung, G. Groddeck, and S. Ferenczi on the Unconscious in light of Monolectic Constructivism and Bioanalysis, from a holarchic perspective. This review draws upon A. Koestler’s propositions regarding a holonic model, the epistemology of Philosophical Materialism developed by G. Bueno (FiloMat), and the Triune Brain theory of P. MacLean. The specific contributions of each author to the concept of the Unconscious are explored, considering a definition that conceives it as an “abstract, generic, structural, functional, a-sensorial, and (non) categorematic construct” and understood simultaneously as a relational material object (M3) and a representational one (M2). The aim of this work is to distinguish and compare these developments in order to construct a synthetic and unified vision of the concept, laying the groundwork for a model of the Mental Apparatus organized into psychic strata.

Keywords: Unconscious, Monolectic Constructivism, Bioanalysis, Hierarchy, Mental Apparatus, C. G. Carus, S. Freud, C. G. Jung, S. Ferenczi, G. Groddeck.

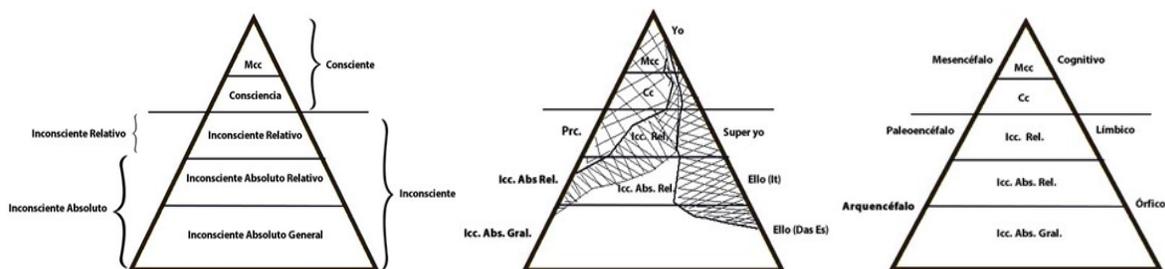


Figura N° 1. El Inconsciente en la Naturphilosophie, Psicoanálisis y Cerebro TriUno.

Cada acto creador —en ciencia, arte o religión— conlleva una regresión a un estadio más primitivo, una nueva inocencia de la percepción liberada de la catarata de las creencias aceptadas. Es un proceso de *reculer pour mieux sauter*, de desintegración que precede a la nueva síntesis, comparable a la oscura noche del alma por la que debe pasar el místico. (Koestler, A, 1959)

INTRODUCCIÓN

En el contexto de una serie de artículos titulada “Consciencia e Inconsciente desde el Bioanálisis y el Constructivismo Monolético”, en la que hemos presentado: Prolegómenos al estudio de la Consciencia (Parte I), La Consciencia como un Holón (Parte II), Hacia una definición de la Consciencia (Parte III) y Hacia una concepción holárquica del Inconsciente (Parte IV), en esta ocasión nos proponemos revisar el pensamiento de los principales autores que han elaborado conceptos clave para el estudio del Inconsciente.

El propósito de este trabajo es examinar las contribuciones de Carl Gustav Carus, Sigmund Freud, Carl Gustav Jung, Georg Groddeck y Sándor Ferenczi a la luz del Constructivismo Monolético y el Bioanálisis, desde una perspectiva holárquica. Este recorrido conceptual se apoya en las proposiciones de Arthur Koestler acerca del modelo holónico, en la epistemología materialista de Gustavo Bueno (FiloMat) y en la estructura neuroevolutiva del cerebro TriUno postulada por Paul MacLean.

Los desarrollos teóricos sobre el Inconsciente, tanto en su dimensión histórica como conceptual, han estado atravesados por el aire de su tiempo (*Zeitgeist*) y por la tendencia a construir cosmovisiones (*Weltanschauung*) propias de los siglos XIX y XX. Esto ha dado lugar a un conjunto de construcciones interpretativas, categorías heurísticas y notables modelos que han permitido aprehender esta complejísima materialidad; sin embargo, también han propiciado exageraciones raciomorfias, errores de *pars pro toto*, fantasías e incluso verdaderos delirios teóricos. Estos excesos, si bien han iluminado aspectos nodales del Inconsciente, también han enturbiado la identificación precisa de sus límites y estructuras internas.

A lo largo del desarrollo teórico del psicoanálisis y de disciplinas afines, distintos modelos han enfatizado aspectos diversos de la vida psíquica, generándose entre ellos fecundas convergencias, tensiones irreconciliables, confusiones terminológicas y, en no pocas ocasiones, opacas disputas conceptuales. En muchos casos las formulaciones resultan compatibles, como ocurre entre la estructura triádica de la psique propuesta por Paul MacLean y el modelo órfico de Ferenczi; entre la concepción del aparato psíquico como sistema de transformación en Freud y Bion; o en la idea de lo inconsciente como efecto del lenguaje en Lacan y Groddeck, e incluso, también puede advertirse una confluencia en el reconocimiento del carácter relacional del psiquismo en autores como Ferenczi y Groddeck, quienes subrayan la influencia de la mutualidad, las experiencias somatopsíquicas y los traumas interpersonales en la configuración y afección del aparato psíquico.

Sin embargo, no pocas veces las teorías se han mostrado difícilmente reconciliables. Así ocurre, por ejemplo, con la oposición entre la pulsión de vida y pulsión de muerte en Freud, frente a la concepción ferencziana que rechaza explícitamente la existencia de esta última; con la contraposición entre una visión del lenguaje como estructurante psíquico en Lacan y el énfasis vivencial y relacional propuesto por Winnicott; o con la idea de una agresión innata en Klein frente a la noción de trauma relacional o de la ‘falta básica’ en Balint. También se evidencian divergencias significativas en torno a la etiología de lo traumático: mientras Freud insistía sobre el rol de la represión y la fantasía como ejes del conflicto psíquico, Ferenczi postulaba la escisión y el abuso relacional como núcleos constitutivos de lo traumático real.

Además de estas divergencias, numerosos autores han utilizado términos distintos para designar fenómenos semejantes. Así, el “Ello” freudiano se corresponde en cierta medida con el “Ello orgánico” (Das Es) en Groddeck, y con el “inconsciente dinámico” en Carus, aunque cada uno lo formula desde coordenadas conceptuales heterogéneas. Lo mismo puede decirse de las diversas concepciones del inconsciente —freudiana, junguiana, lacaniana o ferencziana—, cada una sustentada en premisas estructurales, topológicas o relacionales propias. A esto se suman confusiones terminológicas, particularmente en el uso de conceptos nucleares como el Yo, el Self y el Ego, o mecanismos como la introyección y la proyección, que en algunos textos aparecen entremezclados o aplicados indistintamente, sin una delimitación precisa de sus

funciones psíquicas, contribuyendo a una proliferación de imprecisiones conceptuales que han dificultado tanto la articulación coherente entre escuelas como la transmisión rigurosa del pensamiento psicoanalítico y, consecuentemente, psicológico. Finalmente, también puede observarse el proceso de evolución de determinados conceptos, que han transitado —con relativa fortuna— desde una comprensión de tipo procesual hacia configuraciones simbólicas y representacionales, como en el caso del ‘síntoma’ inicialmente entendido como reflejo dinámico, y más tarde como formación simbólica; o el del inconsciente reprimido, que en autores como Ferenczi se transforma en inconsciente relacional; o bien el del inconsciente colectivo en Jung, que ha derivado en propuestas sobre un inconsciente cultural. Este complejo panorama, si bien da cuenta de la riqueza del campo disciplinario, evidencia también la necesidad de una metateoría capaz de integrar, ordenar y evaluar críticamente las distintas contribuciones, sin forzarlas a una homogeneización reductora.

Desde una perspectiva bioanalítica de orientación holística¹, lo que se aprecia —más allá de un marco teórico específico, llámese psicoanálisis, psicología dinámica o psicología profunda (*Tiefenpsychologie*)—, es que nos encontramos ante un campo con aceptable consistencia interna, pero con una epistemología derivada aún indefinida, que ha dado origen a más escuelas teóricas de las que sería menester. En este escenario, destaca la notable variedad de aproximaciones a la noción de lo Inconsciente, así como a muchos otros conceptos afines. Esta variabilidad exige ser considerada, reinterpretada y organizada desde una lógica jerárquica, integrativa y configuracional, capaz de superar las fragmentaciones conceptuales y las posiciones antinómicas. Tales distinciones responden, en general, a distintos énfasis sobre aspectos atributivos (las propiedades esenciales del inconsciente), distributivos (la organización jerárquica y estructural de sus niveles), configuracionales (la articulación de relaciones complejas entre sus elementos) y procesuales (las transformaciones y adaptaciones dinámicas a lo largo del tiempo). A partir de estas categorías, algunos autores han concebido el inconsciente como una entidad autónoma, autosuficiente y autoafirmativa; otros han puesto el acento en sus relaciones con diversos entornos; los menos lo han destacado por su carácter de unidad, identidad y finalidad; e incluso se lo ha subordinado a la condición de un holón emergente derivado de las estructuras del lenguaje.

Asimismo, se han desarrollado intentos de abordar el inconsciente ya en términos de *symplokés* con otros holones, ya como un holón emergente del entrecruzamiento de estructuras radicales, rizomáticas o estromáticas dentro de su propia organización, ya como disposición tópica de patrones, esquemas y matrices psíquicas.² Todo ello ha dado lugar tanto a intelecciones rectas (en el sentido de Gustavo Bueno, esto es, aproximativas y orientadas hacia la verdadera naturaleza de este holón psíquico, si bien asintóticas e hipotéticas-definitorias), como a formulaciones oblicuas, en las que la especulación ha perdido su carácter conjetural y se ha transformado en doctrina cerrada, fantasía o incluso delirio.

Estas consideraciones resultan esenciales para fundamentar la necesidad de revisar, desde la teoría holística, a aquellos autores que más han aportado al estudio del inconsciente, discerniendo entre los aportes rectos y fecundos, y aquellas construcciones oblicuas que deben ser superadas para avanzar hacia un paradigma más riguroso y coherente. En este sentido, y comprendiendo que los grandes saltos en la historia del pensamiento surgieron de procesos no lineales —donde la intuición, la asociación inesperada y la reorganización de saberes dispersos dieron lugar a nuevas estructuras conceptuales—, proponemos revisar los aportes más sustantivos de uno y otro autor con relación al inconsciente.

Es desde esta revisión de aquellos “sonambulismos creativos” —por usar la expresión de Arthur Koestler en *Los sonámbulos*, donde representa esos momentos en que el pensamiento oscila entre el orden y el caos hasta alcanzar una síntesis coherente— que proponemos nuestro propio sonambulismo en el camino hacia un paradigma unificado, sustentado en un monismo/plural. El propósito de esta revisión es contribuir a una unificación del concepto de inconsciente, con miras a sentar las bases para un modelo de Aparato Mental organizado en estratos psíquicos y fundado en principios holárquicos, relacionales y evolutivos; un modelo concebido como un continuismo natural orientado a superar las fragmentaciones teóricas del pasado. El artículo se estructurará en torno a una revisión de los aportes más significativos que diferentes autores han realizado sobre lo inconsciente y el aparato mental, comenzando con Carl Gustav Carus, y continuando

con Sigmund Freud, Carl Gustav Jung, Georg Groddeck y Sándor Ferenczi, considerando aportes de otros pensadores relevantes como Eduard Hartman, Wilfred Bion, Herbert Silberer, Jean Laplanche, Ignacio Matte Blanco y muchos otros más, cuyas contribuciones han enriquecido sustantivamente el conocimiento de este misterioso holón psíquico. En consecuencia, y sobre la base de lo ya expuesto en los artículos anteriores de esta serie, iniciamos aquí la revisión específica de los autores clave, comenzando por Carl Gustav Carus.

CARL GUSTAV CARUS (1789-1869):

El inconsciente como fuerza formativa primaria.

... el hecho de que todo aquello que llamamos cuerpo, en verdad, no sea nada más que la revelación y la manifestación de una psique inconsciente; o sea, de la acción celosa, inicialmente solo inconsciente, de la idea fundamental de nuestra existencia, en la sustancia. (C.G. Carus. 1846)

Carus pertenece a la tradición del Romanticismo alemán, influenciado por la *Naturphilosophie* de Schelling y por la cosmovisión vitalista de Goethe. Su abordaje del alma no se limita a una descripción fenomenológica o metafísica, sino que articula la observación clínica con una ontología de la vida. En su obra *Psyche: Zur Entwicklungsgeschichte der Seele* (1846), postula una tesis medular que resuena hasta hoy: “La clave para conocer la naturaleza del alma consciente reside en lo inconsciente”. Esta afirmación no solo anticipa el descubrimiento de lo inconsciente —que tendría lugar décadas más tarde—, sino que propone una concepción orgánica del psiquismo, en la cual lo inconsciente aparece como la matriz primaria de la subjetividad.

Carl Gustav Carus fue uno de los primeros pensadores en otorgar al inconsciente un estatuto ontológico y funcional dentro del alma humana. Si bien existían antecedentes filosóficos y médicos sobre los fenómenos inconscientes —desde las ideas de Leibniz, pasando por la medicina hipocrática y ciertas intuiciones románticas—, es con Carus que el inconsciente comienza a configurarse como un objeto de estudio propiamente científico, en el marco de la *Naturphilosophie* alemana. Carus no solo le confiere al inconsciente un estatuto fundante, sino que lo transforma en un principio organizador de la vida anímica, articulando una concepción evolutiva, estratificada y generativa del psiquismo. Aunque su propuesta aún no constituía un modelo sistemático en términos metapsicológicos³, él sentó las bases epistemológicas y estructurales sobre las que se edificarían, décadas más tarde, los grandes paradigmas del inconsciente en la psicología profunda.

Su modelo se organiza en torno a una estratificación de la psique que antepone lo inconsciente como nivel basal y formativo, anterior al surgimiento de la conciencia. Desde una perspectiva que entrelaza filosofía natural, medicina y psicología, Carus concibe el inconsciente no como un residuo reprimido, sino como la fuente generadora y estructurante del psiquismo. En el lenguaje propio de la *Filosofía de la Naturaleza* y del idealismo alemán, lo define como la “condición genética del alma consciente”, estableciendo una jerarquía vertical y evolutiva entre los niveles del funcionamiento psíquico. Esta concepción lo posiciona como uno de los primeros pensadores en sugerir una ontogénesis de la conciencia a partir de lo inconsciente, considerando una dimensión no solo configuracional, sino también procesual, dinámica y formativa.

Para Carus, el inconsciente no es un residuo ni un límite de lo conocido, sino el fundamento estructurante y generativo de la vida anímica y de la conciencia misma; constituye una condición originaria tanto epistémica como ontogenética del psiquismo.. De hecho, le asigna: a) una primacía ontológica, en tanto la vida anímica comienza como un proceso puramente inconsciente, y la conciencia emerge progresivamente desde esta base oscura, en un proceso que no puede ser explicado causalmente, sino reconocido como una manifestación espontánea e inevitable de la organización vital; b) sostiene que el cuerpo es la revelación visible de una psique inconsciente, donde la forma corporal y el desarrollo cerebral son productos de una acción inconsciente de la idea del individuo sobre la materia, lo que implica una visión monista-teleológica de la organización psicofísica; c) postula que el paso a la conciencia no es un salto súbito, sino un proceso gradual y evolutivo, en el cual la conciencia es vista como una luz que surge lentamente del fondo oscuro

del alma, y que no podría existir sin tres condiciones fundamentales que provienen del inconsciente: el sentimiento de sí, como prefiguración de la subjetividad; la memoria (como capacidad epimeteica), sin la cual no habría unidad de conciencia; y la estructura corporal adecuada, que es obra del inconsciente; d) además, concibe la conciencia como una fase derivada y tardía del desarrollo psíquico, no como su punto de partida, que emerge solo cuando el alma ha alcanzado cierto nivel de diferenciación y organización, lo cual ha sido preparado desde lo inconsciente; e) entiende el inconsciente como un proceso creador prometeico, que, más allá de algo mecánico o meramente vegetativo, posee un carácter creador, formador y dinámico, comparable al fuego de Prometeo: un saber profundo y eficaz que no necesita de la conciencia para operar con sabiduría, y que organiza, construye, orienta e incluso produce lo que la conciencia posteriormente llamará “Yo”; y finalmente, f) lo propone como una estructura superior en sabiduría, y demuestra, con numerosos ejemplos naturales (plantas, animales, curación corporal), que el saber inconsciente puede ser más preciso, sabio y eficaz que el saber consciente, el cual es limitado, fragmentario y muchas veces errático.

Carus formuló una concepción estratificada del inconsciente, distinguiendo tres niveles fundamentales: (1) el Inconsciente Absoluto General (Icc. Abs. Gral.), el estrato más profundo y originario, vinculado a los atributos constitutivos, configuracionales y organizacionales estructurales del alma; (2) el Inconsciente Absoluto Relativo (Icc. Abs. Rel.), nivel intermedio donde se articulan tanto el inconsciente etológico (inconsciente colectivo) como las estructuras propiamente ontogenéticas, actuando como filtro entre el Icc. Abs. Gral. y la conciencia, y constituyendo además la cuna de los Existenciarios Básicos, la Función de Realidad y la Función de Identidad; y (3) el Inconsciente Relativo (Icc. Rel.), correspondiente al estrato ontogenético, surgido de la interacción entre el mundo pulsional y la vivencia, y de sus vínculos con el mecanismo de la represión como operación nuclear. Este nivel funciona como reservorio de pulsiones, vivencias, experiencias, aprendizajes y memorias (corporales y cognitivas), organizadas por mecanismos tanto psicogenéticos (proyección, introyección, retrointroyección, elementos alfa y beta, metabolizaciones) como defensivos (desplazamiento, negación, conversión, entre otros), y son susceptibles de acceder a la conciencia con mayor o menor dificultad.

Carus propuso no solo una visión integradora de lo corpóreo (M1), lo psíquico (M2) y sus relaciones simbólicas y funcionales (M3), sino que además anticipó una visión monista/plural y holárquica incipiente, que concibe el alma como una totalidad organizada en estratos, donde cada nivel contiene, transforma y reconfigura al anterior. Esta concepción, no mecanicista sino evolutiva y dinámica, prefigura lo que hoy entendemos como lógica holónica: cada parte es, a la vez, una totalidad autónoma y una parte constitutiva de un sistema mayor, en continua interacción.

En síntesis, Carus concibe el inconsciente como una estructura estratificada y funcionalmente diferenciada, compuesta por tres niveles articulados entre sí. En la base se encuentra el *Inconsciente Absoluto General* (Icc. Abs. Gral.), que constituye el nivel más profundo y originario del alma; no es representacional ni simbólico, sino configuracional y genético: una matriz formativa que organiza las disposiciones fundamentales de la vida psíquica (equivalente al conjunto de procesos somáticos y límbico-reptilianos propios del género homínido). No opera por represión ni por memoria, sino por emanación estructural; es un fondo genérico e impersonal, una impronta de ‘especie’, donde se gestan las formas estructurales y operacionales, las tendencias y las leyes internas de lo psíquico.

Sobre él se alza el *Inconsciente Absoluto Relativo* (Icc. Abs. Rel.), zona intermedia de transducción simbólica, donde las fuerzas profundas comienzan a adoptar formas imaginativas, narrativas o míticas. Aquí se organizan los elementos órficos y arquetípicos, el inconsciente etológico (equivalente al conjunto de procesos somáticos, reptilianos y límbicos de lo propiamente humano), y emergen los Existenciarios básicos —Yo-No-Yo, Yo-Mi, Yo-Tú, Yo-cuerpo, entre otros—, junto con otros esquemas nomotéticos que estructuran la vida anímica. Este nivel cumple una función mediadora entre lo etológico y la conciencia, sin operar aún mediante defensas avanzadas, sino a través de defensas primitivas (clivaje/escisión, identificación mimética) y transmutación simbólica, especialmente por medio de las proto-representaciones autoplásticas.

El *Inconsciente Relativo* (Icc. Rel.) corresponde al estrato propiamente ontogenético, surgido de los recalculamientos y *symplokés* entre el mundo pulsional y la vivencia individual, así como de la interacción de estos contenidos con el mecanismo de la Represión, entendida aquí como operación nuclear. Este nivel constituye el reservorio de pulsiones, vivencias, experiencias, aprendizajes y memorias (corporales y cognitivas), sujetas tanto a mecanismos genéticos (proyección, introyección, retrointroyección; sueños, actos fallidos, síntomas) como a mecanismos defensivos (desplazamientos, negación, conversión, etc.). En su contorno superior, configura el dominio de lo Preconsciente⁴ (Pcc.), en tanto conjunto de procesos dinámicos cuyos contenidos son susceptibles de acceder a la conciencia bajo determinadas condiciones, como la asociación libre, la atención flotante, los estados meditativos, entre otros.

Adicionalmente, Carus concibió un enfoque genético de lo psíquico, al considerar que todo desarrollo consciente se apoya en una actividad previa, oscura y esencialmente no representacional, lo que lo convierte en precursor de una epistemología evolutiva de la vida anímica. Al proponer una visión integradora entre lo orgánico, lo anímico y lo espiritual, donde el inconsciente actúa como puente entre cuerpo y espíritu, introduce una concepción monista/pluralista en la que las *symplokés* entre los tres órdenes de la materia (M1, M2 y M3) elevan el concepto de inconsciente a una categoría de principio formativo universal, no limitado a lo humano, sino presente en todo proceso vital y expresivo. Su pensamiento abre así un camino para considerar el inconsciente no como una instancia conflictiva, sino como una estructura originaria, generativa y continua, en tanto función organizadora de la vida psíquica y somática

En consecuencia, el modelo de Carus no se limita a una topografía psíquica, sino que anticipa una lógica dinámica y holárquica, donde cada nivel transforma al anterior, y el inconsciente es simultáneamente estructura, proceso y manifestación, integrando cuerpo (M1), alma (M2) y sus mediaciones simbólicas (M3) en una arquitectura viva del psiquismo.

Desde esta perspectiva, Carus no solo bosqueja una arquitectura del inconsciente, sino que anticipa una concepción monista/plural del alma: cada estrato constituye a la vez una totalidad y una parte dentro de un sistema dinámico. Su propuesta ya prefigura la articulación entre cuerpo (M1), psique (M2) y relaciones simbólicas o representacionales (M3), dando lugar a un modelo no mecanicista, sino orgánico, evolutivo y estructuralmente estratificado, en el que lo inconsciente no es un residuo patológico, sino el fundamento mismo del psiquismo. Esta visión se adelanta con notable precisión a lo que hoy entendemos como lógica holónica, donde cada parte es simultáneamente una unidad autónoma y una instancia integrada dentro de un proceso mayor, en continua transformación.

Desde una aproximación holónica, podríamos decir que el principal mérito de Carus fue haber concebido el Inconsciente como un holón y haberlo aprehendido en sus cuatro dimensiones fundamentales: atribucionalmente, al reconocerle propiedades constitutivas propias—como los tres estratos, los componentes somato-psíquicos, y las propiedades infraestructurales de fondo genérico, impersonal y filogenético—; distributivamente, al jerarquizar los tres estratos del inconsciente y vincularlos con las demás capas de la conciencia; configuracionalmente, al organizar una arquitectura de redes de interrelación entre tres niveles interdependientes (Icc. Abs. Gal., Icc. Abs. Rel. e Icc. Rel.); y procesualmente, al concebirlo como un proceso evolutivo, psicogenético y dinámico, que da lugar al desarrollo del alma, la emergencia de la conciencia y la estructuración del aparato psíquico.

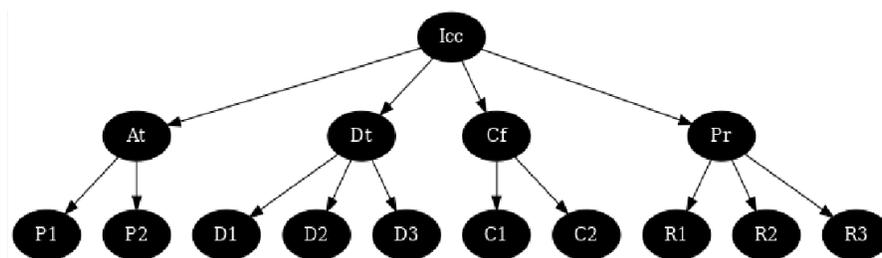


Figura N 2: Estructura holónica en Carus a la noción de Inconsciente.

Nivel INCONSCIENTE. (Aportes de C.G. Carus a la noción de Inconsciente)

- |— Atribucional
 - | |— Dintorno y propiedades esenciales del Inconsciente y de los tres estratos psíquicos
 - | |— Componentes infraestructurales: fondo filogenético, somáticos y psíquicos.
- |— Distributivo
 - | |— Concepción del Inconsciente como holarquía multinivel
 - | |— Jerarquización funcional de los estratos (Icc. Abs. Gral., Abs. Rel., Rel., Icc. Rel.)
 - | |— Articulación progresiva con el Preconsciente y la Conciencia
- |— Configuracional
 - | |— Relaciones intraestrato e interestrato
 - | |— Arquitectura de redes entre niveles (M1–M2–M3)
- |— Procesual
 - | |— Dinamismo estructurante y formativo
 - | |— Proceso evolutivo del alma y emergencia de la conciencia
 - | |— Desarrollo psicogenético y articulación con el aparato psíquico

SIGMUND FREUD (1856–1939):

Orígenes del aparato psíquico, tópicos y dinámicas.

“¿Quién me asegura que yo mismo no padezco de disociaciones?
¿Qué es lo que brota en mí y que tan a menudo me aterra?
¿No soy acaso también, en última instancia, un enigma para mí mismo?”
(Freud, S. (1897). Carta a Wilhelm Fliess, 15 de octubre de 1897.

Freud gustaba de verse a sí mismo como un arqueólogo que exploraba estratos antiguos del alma humana cuya labor era desenterrar recuerdos sepultados bajo capas de represión (Freud, 1900; 1937), si bien en estricto rigor, puede ser visto como un explorador que se adentraba en una selva virgen, descubriendo aspectos ignotos del psiquismo, para dejarlos luego parcialmente bosquejados —cual mojones de paso— antes de partir hacia otros lugares. Su labor fue más la de un cartógrafo órfico que trazaba líneas generales sobre un territorio vasto y desconocido, sin agotar nunca sus ansias de exploración; de ahí también su posible homologación con Alejandro, el descubridor. Pero también fue un arquitecto que construyó un movimiento que se prolongó a través del tiempo, y un filósofo que propuso una cosmovisión propia (*Weltanschauung*), permitiendo que otros continuasen esa tarea, aunque no sin cierta resistencia y ambivalencia cuando algunos se alejaban de sus concepciones iniciales o cuestionaban sus fundamentos, como lo testimonian tan dramáticamente las rupturas con Jung, Adler, Groddeck, Ferenczi o Reich, entre otros, cuyas divergencias marcaron profundas fracturas teóricas, clínicas y personales.

En ese sentido, Freud encarnó diferentes tiempos en su decurso intelectual: desde un primer momento fundacional y visionario, cargado de intuiciones órficas y científicas vanguardistas; hasta una fase sistematizadora y doctrinaria, en la que intentó dotar al psicoanálisis de una estructura metapsicológica estable; y finalmente, en sus últimos años, un tercer tiempo más teórico, reflexivo y crepuscular, que considera no solo una reformulación del aparato psíquico, sino también una mutación del psicoanálisis mismo: desde una ciencia de la cura hacia una teoría general del sujeto humano en la historia. El psicoanálisis, en esta etapa, ya no se define solo por su potencia clínica, sino por su capacidad de interpretar lo humano en su conflicto constitutivo con la ley, la pulsión, el otro y la cultura.

En este marco, la historia del concepto de Inconsciente no comienza con Freud, aunque es indudable que fue él quien lo consolidó como núcleo paradigmático de la psicología profunda. Sus propuestas marcaron un antes y un después en la comprensión del aparato psíquico, al otorgar al inconsciente no solo un estatuto teórico, sino también una funcionalidad operativa dentro de una estructura estratificada, asiento de relaciones psíquicas tópicas, dinámicas y económicas bajo el arbitrio de pulsiones, formaciones sustitutivas y mecanismos defensivos. A diferencia de los enfoques precedentes —desde Carl Gustav Carus hasta Eduard von Hartmann⁵—, Freud no se limitó a postular la existencia de una entidad particular o de un reservorio de contenidos inconscientes, sino que los integró en un modelo clínico, metapsicológico y técnico, dotándolos de valor operativo tanto para la comprensión de la vida cotidiana como para el abordaje de síntomas, sueños, actos fallidos, chistes y otras expresiones del malestar psíquico. Freud, originalmente, se aproxima a la noción de lo inconsciente de un modo bioanalítico: holístico, utraquístico, anfimíctico y mutual, donde lo rizomático se despliega desde lo biológico, neurológico, psicológico y antropológico, en una constelación fundacional que articula múltiples registros sin disolver su especificidad, proponiendo una comprensión germinal del aparato mental como un holón vivo: atributivo, distributivo, configuracional y procesual.

Él, por un lado, en el *Proyecto de una psicología para neurólogos* (1895), intenta fundar una psicología científica estrictamente anclada en la fisiología cerebral (M1), desde donde aspiraba a deducir las leyes del funcionamiento anímico. Por otro lado, en sus investigaciones clínicas sobre la histeria, el chiste, la vigilia y el sueño —*Estudios sobre la histeria* (1895), *La interpretación de los sueños* (1900) y *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901)— comienza a construir un modelo funcional del inconsciente a partir de las manifestaciones simbólicas del conflicto psíquico (M2 y M3), donde lo decisivo es que el inconsciente deja de ser exclusivo patrimonio de lo patológico para entenderse como dimensión estructurante también de la conducta normal, el lenguaje y los actos triviales. A medida que su trabajo teórico avanzaba, Freud fue desarrollando, a partir de la noción del Inconsciente, una serie de conceptos interrelacionados —como la pulsión y la libido, la represión y la negación, el principio del proceso primario y secundario, el desarrollo psicosexual y los mecanismos de defensa, entre otros— de modo utraquístico con el andamiaje neuropsicológico que había propuesto en el Proyecto.

Lo inconsciente comprende, por un lado, actos latentes y temporalmente inconscientes, que fuera de esto, en nada se diferencian de los conscientes, y por otro, procesos tales como los reprimidos, que si llegaran a ser conscientes presentarían notables diferencias con los demás de este género. (Freud, S., 1915)

Su noción del inconsciente se articula inicialmente en la Primera Tópica (1895–1900), con tres sistemas: Inconsciente, Preconsciente y Consciente, en el cual el Inconsciente Relativo (aunque no designado aun así) se constituye como un estrato dinámico compuesto por representaciones reprimidas, deseos inconciliables, huellas mnémicas y tendencias pulsionales que no acceden a la conciencia debido a barreras defensivas. Freud elabora una concepción del aparato psíquico como estructura estratificada en tensión constante entre pulsión y representación, deseo y defensa, catexia pulsional y simbolización, donde el inconsciente no es un vacío o zona oscura, puesto que tiene lógica, lenguaje y procesos propios, como la condensación, el desplazamiento y la figurabilidad.

Este esquema se amplía en la Segunda Tópica, presentada en *El yo y el ello* (1923), donde Freud introduce tres instancias: Yo, Ello y Superyó. Aquí, el Ello es concebido como el reservorio originario de la vida pulsional, ajeno a toda lógica racional, gobernado por el principio del placer y sin acceso directo a la conciencia. Aunque no idéntico al inconsciente de la primera tópica, el Ello lo incluye y lo rebasa: albergando no solo lo reprimido, sino también lo originario, lo innato y lo nunca representado. Esta ampliación transforma al inconsciente en una instancia más vasta y estructural, que ya no se define únicamente por lo excluido mediante la defensa, sino que se constituye como el fundamento generativo de toda la vida psíquica.

No obstante, el pensamiento de Freud no constituye un cuerpo doctrinal uniforme, sino que está marcado por una serie de reformulaciones conceptuales a lo largo de su obra, algunas de las cuales implican cambios sustanciales en sus categorías teóricas y modelos explicativos. Esta evolución no responde a un desarrollo lineal, sino a ajustes, desplazamientos e incluso al abandono de formulaciones previas — como en el caso de las categorías distributivas de la homosexualidad [*Tres ensayos sobre teoría sexual* (1905)], posteriormente desechadas; el paso de la teoría del trauma real a la teoría de la fantasía [*Carta a Wilhelm Fliess, 21 de septiembre de 1897*]; o la reformulación del dualismo pulsional, que va desde la distinción entre pulsiones sexuales y de autoconservación hacia la oposición entre Eros y Tánatos [*Más allá del principio del placer* (1920)]. Estas transiciones generan tensiones internas que en ocasiones rozan lo contradictorio o lo paradójico. En este sentido, la producción freudiana exhibe una conjunción de modelos y conceptos que a menudo coexisten en tensión, configurando una teoría con múltiples niveles de lectura y una estructura que no siempre alcanza una síntesis coherente. Este carácter estratificado, pangénico y polisémico del pensamiento de Freud ha sido señalado por diversos estudiosos. Gay (1988) interpreta estas transiciones como respuestas a tensiones clínicas y teóricas; Roudinesco (1998) destaca la ausencia de un sistema cerrado en su obra; y Grünbaum (1984) subraya la dificultad de validar empíricamente muchas de sus reformulaciones, coincidiendo en que el corpus freudiano es más bien el resultado de una serie de desplazamientos teóricos que el de una construcción sistemática unificada. Por su parte, Rodrigué (1996) considera que la obra freudiana no constituye un sistema cerrado ni un cuerpo doctrinal definitivo, sino un campo en constante movimiento, marcado por transformaciones teóricas y desplazamientos discursivos.

Retomando el desarrollo y evolución del concepto de Inconsciente en Freud —desde sus primeras formulaciones hasta la elaboración del Ello (Id, en *El yo y el ello*, 1923)—, se observa un desplazamiento progresivo que se materializa a medida que Freud deja de aspirar a derivar lo psíquico directamente de lo fisiológico —como lo intentara en *Proyecto de una psicología para neurólogos* (1895)—, aunque mantiene una sympleké entre soma y representación, articulada como tensión entre M1 (anclaje material), M2 (procesos representacionales) y M3 (estructuras relacionales y simbólicas). No obstante, finalmente desplazo del foco de su original metapsicología hacia la organización y dinámica de las relaciones representacionales inconscientes, de naturaleza fantasmática, estructural y conflictiva. Freud estructura esta instancia a través de tres dimensiones clave: una tópica, que define su lugar en relación con el Yo y el Superyó; una dinámica, que describe su funcionamiento conflictivo y su relación con la defensa; y una económica, que explica la circulación de la energía psíquica. Sin embargo, esta expansión conceptual condujo también a una creciente polisemia teórica, al integrar planos atributivos, configuracionales, distributivos y procesuales que no siempre se articularon con una coherencia interna rigurosa, ni con una epistemología derivada suficientemente clara

Esta inflexión se vuelve especialmente visible con la introducción de conceptos como el principio de Nirvana, la pulsión de muerte, el problema del masoquismo, la compulsión a la repetición y la clínica de las psicosis. Tales nociones rompen con una comprensión de la organización psíquica como un sistema holótico, cuya articulación dependía de tres anclajes fundamentales: lo tópico (integración entre primera y segunda tópica), lo económico (relaciones entre libido, energía, excitación, defensa y descarga), y lo dinámico (las symplekés somatopsíquicas y las radiculaciones, estromas y rizomas de lo somático y lo representacional). En su lugar, Freud enfatiza un desarrollo dicotómico que tiende progresivamente a reintroducir el dualismo cuerpo-mente, bajo una lógica de escisión estructural y reactivación pulsional, en la que el conflicto ya no se resuelve en términos de síntesis, sino que se instala como tensión constitutiva del aparato psíquico.

El Ello freudiano, en este nuevo marco, desdibuja los límites entre distintas dimensiones del aparato psíquico: lo atributivo (holones primarios biológicos, psíquicos, genéticos, emergentes, y también holones constitutivos como la atemporalidad, la amoralidad o el funcionamiento por proceso primario); lo distributivo (su presencia en múltiples estratos del aparato psíquico, como holón ascendente y descendente, y como matriz de procesos emergentes —lo cual remite al carácter dual de cada holón, según el principio de Jano—); lo configuracional (sus interacciones con el Yo, el Superyó y la realidad externa); y lo procesual (su origen en el desarrollo pulsional, su dinámica en la constitución del sujeto, y su deriva en formas clínicas como el retorno de lo reprimido o la compulsión a la repetición).

A ello se suman ciertas imprecisiones estructurales —que el propio Freud reconoce de forma reiterada— en relación con aspectos genéticos (entendidos como evolución del aparato psíquico en el desarrollo individual), topológicos (por tratarse de una instancia sin fronteras definidas dentro del aparato mental), y epistemológicos, en tanto el Ello problematiza la posibilidad misma del ser representado, constituyéndose como lo no representado y lo no simbolizado en estado originario —tema que se encuentra en el centro de sus divergencias con Groddeck.

En consecuencia, intentando una síntesis del pensamiento freudiano sobre el Inconsciente/Ello, se puede colegir que para Freud el inconsciente —hacia el final de sus proposiciones— no es una simple reserva de contenidos reprimidos, sino una instancia constitutiva, estructuralmente diferenciada, funcionalmente activa y energéticamente organizada, que articula el psiquismo en términos de conflicto, represión/escisión y proceso. A lo largo de su obra, Freud define al inconsciente como un sistema con leyes propias —condensación, desplazamiento, atemporalidad, principio del placer—, cuya lógica no coincide con la conciencia ni con la realidad externa. Con la introducción del Ello, esta instancia se amplía más allá de lo reprimido y pasa a incluir lo originario, lo innato, lo pulsional no representado, convirtiéndose en un fundamento productivo del aparato psíquico.

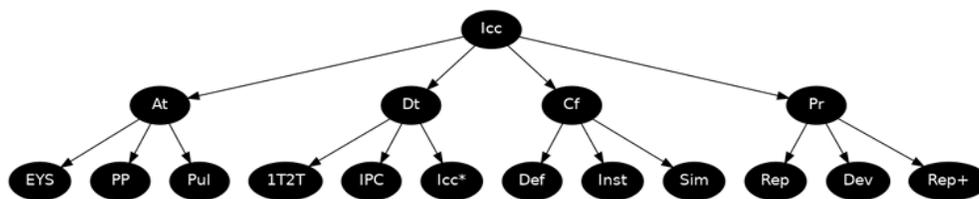


Figura N 3. Estructura procesual en Freud de la noción de Inconsciente

Nivel INCONSCIENTE. (Aportes de S. Freud a la noción de Inconsciente)

1. Primeras nociones de Inconsciente (hasta 1900 aprox.)

- | | — Doble consciencia: hipnosis, histeria, sugestión (Charcot, Breuer)
- | | — Disociación y trauma, representación inconsciente, afecto reprimido.
- | | — Memoria como depósito de huellas no ligadas (retornos sintomáticos)
- | | — Sin tópica explícita, pero función operativa inconsciente
- | | — Primer modelo proto-estructural del aparato psíquico

2. Primera tópica: El Inconsciente como sistema psíquico (1900–1920)

- | | — División tripartita: Inconsciente – Preconsciente – Consciente:
- | | — Rasgos: atemporal, contradictorio, regido por procesos primarios
- | | — Sede de las pulsiones reprimidas, base de los síntomas neuróticos.

| — Características del Inconsciente:

- | | — Atemporalidad, Ausencia de contradicción, Procesos primarios
- | | — Mecanismo (represión, condensación, desplazamiento)
- | | — Tríada metapsicológica: Tópica, dinámica y económica.

3. Segunda tópica: El Ello como nueva figura del Inconsciente (1920–1939)

- | | — Nueva estructuración: Yo, Ello (Id), Superyó.
- | | — Ello: matriz pulsional absoluta, totalmente inconsciente, sin forma ni lenguaje,
- | | — Función: núcleo caótico, deseo, agresividad primaria, inasimilable

| |— Introducción de la pulsión de muerte, narcisismo y compulsión a la repetición

4. El Inconsciente final o maduro (estructurado, conflictivo y transindividual)

| |— El inconsciente está presente en todas las instancias: Ello, Yo, Superyó

| |— Eros y Tánatos como ejes estructurales del deseo y la destructividad

| |— No se identifica con el Ello, pero lo contiene y lo trasciende

| |— Instancia estructural, simbólica y pulsional, no reductible a lo biológico

Así, el inconsciente freudiano queda fijado como un núcleo generativo, conflictivo y parcialmente accesible del aparato mental, pero limitado por su dificultad para integrar dentro de su propio sistema las dimensiones pre-representacionales, mutualistas, holárquicas y evolutivas, que serán desarrolladas posteriormente por autores como Jung, Groddeck, Ferenczi y, desde otro registro, Paul MacLean y su modelo del cerebro TriUno.

CARL GUSTAV JUNG (1875–1961):

Orígenes del Inconsciente Colectivo y los arquetipos.

No era yo quien provocaba las fantasías: más bien eran ellas las que me ocurrían a mí. No era yo su autor, era objeto de sus acciones. El inconsciente mismo me imponía su material.” (Jung, C. G. 1961).

Es con quien fuera uno de los discípulos más cercanos y prometedores de Freud, figura destacada del primer tiempo del movimiento psicoanalítico y primer presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional (1910), con quien surge una de las primeras divergencias tanto teóricas como epistémicas en relación con la noción de inconsciente, divergencias que finalmente condujeron a la ruptura en 1913⁶. De hecho, la relación entre Freud y Jung representa uno de los momentos fundacionales más complejos y fructíferos en la historia de la psicología profunda, y no solo refiere a un vínculo que se quebró por cuestiones personales, culturales, étnicas e ideológicas, sino a un diálogo epistémico profundo que en su desarrollo dio origen a dos visiones radicalmente distintas sobre la mente humana, teniendo en el centro de esta escisión divergencias sobre el concepto de inconsciente, cuya definición, función y alcance constituyen el eje tanto de las coincidencias tempranas como de las diferencias teóricas más significativas.

En 1908, en la primera década del siglo XX, Freud y Jung compartieron una visión pionera que contradecía el modelo psicofísico dominante en la psiquiatría de su tiempo. Jung aportaba los experimentos de asociación y su teoría de los complejos, a la vez que adhería inicialmente a la teoría de la inferioridad de órgano de Alfred Adler⁷; mientras que Freud desarrollaba su teoría del conflicto psíquico basado en la represión de deseos inconscientes, especialmente de naturaleza sexual, proponiendo un modelo dinámico de la mente en el que los síntomas neuróticos eran expresión figurada de esos contenidos reprimidos. Pese a la diferencia de edad —Freud tenía 52 años y Jung 33—, ambos coincidían en la comprensión de que los fenómenos psíquicos y psicopatológicos no podían abordarse exclusivamente desde un modelo médico-anatómico, sino que requerían una hermenéutica del sentido de lo no presente, donde el síntoma, lejos de ser un mero disfuncionamiento orgánico, era expresión de una actividad psíquica subyacente, organizada de manera distinta a la conciencia.

En este sentido, Freud había ya introducido su modelo dinámico del inconsciente como un reservorio de contenidos psíquicos no solo olvidados, sino también reprimidos, es decir, activamente excluidos de la conciencia por fuerzas defensivas del yo. Jung asumió inicialmente esta concepción en su investigación sobre los complejos afectivos y los test de asociación de palabras, desarrollados en la clínica psiquiátrica de Burghölzli bajo la dirección de Eugen Bleuler, mostrando que determinadas palabras o estímulos provocaban demoras, bloqueos o errores sistemáticos, signos de una organización psíquica inconsciente. Además, ambos compartían ciertos principios fundamentales: el reconocimiento de la existencia y operatividad de la

energía psíquica —la libido—, la importancia del método de asociación libre, el papel de la transferencia en la cura analítica, y las primeras categorías diagnósticas esbozadas por Freud, como neurastenia, neurosis de angustia, psiconeurosis (histeria y neurosis obsesiva) y demencia precoz (posteriormente conceptualizada por Bleuler como esquizofrenia).

A medida que sostenían este vínculo —conceptual, profesional y teórico— ambos coincidían en la concepción del inconsciente como una instancia activa y estructurada, portadora de sentido y de conflicto, que intervenía dinámicamente en la vida anímica, no como un mero depósito pasivo de recuerdos, sino como un sistema de fuerzas en tensión, cuya interpretación era esencial para la comprensión y el tratamiento de los trastornos psíquicos. Esta noción fundacional común, compartida por todos los miembros de la llamada “horda salvaje” —término utilizado irónicamente por el propio Freud para referirse a sus seguidores inmediatos— constituiría el sustrato sobre el cual se estructurarían posteriormente las divergencias teóricas (como las de Alfred Adler, Wilhelm Stekel, Wilhelm Reich, Melanie Klein, Karen Horney y Erich Fromm, entre otros), entre las cuales la ruptura con Carl Gustav Jung resultó la más significativa, hasta la que se produjo en relación con las teorizaciones regresivas/innovadoras propuestas más tarde por Sándor Ferenczi.

El punto de inflexión de esta colaboración, más allá de las divergencias personales largamente desarrolladas (como el viaje conjunto a Nueva York en 1909, el rol de Minna Bernays en la vida de Freud, la figura de Sabina Spielrein en la de Jung, las tensiones suscitadas en torno a Otto Gross y otros eventos contemporáneos), se origina en una divergencia radical sobre la ontología del inconsciente. Mientras Freud mantenía su propuesta de que la libido era esencialmente sexual —una energía derivada de Eros y ligada a los estadios del desarrollo psicosexual infantil—, Jung comienza a proponer una concepción más amplia y no sexualizada de la libido como una energía vital indiferenciada, capaz de expresarse en múltiples formas simbólicas, espirituales y culturales.

Este giro representaba una mutación epistemológica desde varios puntos de vista: de una teoría del deseo y el rol de la represión a una teoría de la psique, la simbolización y la individuación; del rol asignado a la sexualidad como organizador del aparato psíquico a un modelo en que la energía vital se diversifica en múltiples dimensiones de sentido; de una comprensión de lo onírico como satisfacción disfrazada de deseos reprimidos a una concepción del sueño como trabajo simbólico elaborativo y prospectivo; y de la primacía de un inconsciente personal a la consideración de un inconsciente colectivo.

A medida que “en lugar de bogar por dos teorías distintas, los dos comenzaban a adherirse a dos versiones diferentes de la misma teoría” (Kerr, John, 1993, *A Most Dangerous Method*), y alternando saltos, confusiones y mixturas entre lo atributivo, distributivo, configuracional y procesual, Jung cuestiona el desarrollo libidinal freudiano —hipersexualizado y función de un pasado histórico personal (ontogenético) constituido por elementos olvidados, reprimidos o no integrados— y explora los alcances de una nueva y generalizada concepción de energía psíquica, de la cual lo libidinal sería solo una de sus expresiones.

Gradualmente, Jung se aproxima a la intelección de que el sueño no es solo la gratificación inconsciente de deseos reprimidos, sino que cumple otra función fundamental: la de establecer una comunicación entre estratos psíquicos, mediada por la actividad simbólica —en consonancia con algunas propuestas anticipatorias de Herbert Silberer y, en ciertos aspectos, preludiando la función traumatológica que Ferenczi desarrollaría más adelante—. Jung comienza entonces a explorar las manifestaciones históricas, antropológicas, fenomenológicas y míticas de esta actividad simbólica a través de los tiempos, aproximándose a una comprensión filogenética del suceder psíquico.

Este desplazamiento epistemológico lo lleva a distinguir entre un Inconsciente personal (equivalente al Inconsciente Relativo, conformado por contenidos individuales) y un Inconsciente colectivo (afín al Inconsciente Absoluto Relativo), basado en una filogénesis psíquica y estructurado en torno a unidades universales de experiencia: los arquetipos⁸. Estas nuevas intelecciones no solo trascendían el marco freudiano, sino que lo reconfiguraban profundamente: allí donde para Freud el inconsciente se formaba en la historia individual, a partir del conflicto entre pulsión y defensa, para Jung, en cambio, el inconsciente posee estructuras previas a la experiencia individual, organizándose desde el inicio de la relación del sujeto con el mundo.

No obstante, más allá de hablar de dos paradigmas del inconsciente, Freud y Jung representan dos aproximaciones a distintos dintornos de lo inconsciente, aproximaciones que se articulan como *pars pro toto* en la medida en que confrontan, antitéticamente, aspectos que corresponden a diferentes niveles del aparato psíquico. Mientras Freud explora principalmente el Inconsciente Relativo, constituido por deseos reprimidos, conflictos pulsionales y formaciones sustitutivas de la historia personal, Jung se adentra progresivamente en el Inconsciente Absoluto Relativo, donde identifica configuraciones que trascienden la biografía individual. Esta incursión permitió a Jung descubrir un conjunto de patrones estructurales (los arquetipos), esquemas de organización psíquica (como lo apolíneo y lo dionisiaco, las imágenes paterna y materna, el símbolo del centro o mándala, y las estructuras de sombra), entidades reguladoras (el Self) y procesos dinámicos (la sincronicidad, la individuación) que configuran un fondo universal del psiquismo humano. Estos elementos articulan distintas dimensiones del inconsciente colectivo, configurando diversos dintorno del Inconsciente Absoluto Relativo, aunque sin agotarlo en su totalidad.

Dentro de esta perspectiva, los arquetipos pueden ser entendidos como patrones de organización de la experiencia y de la representación simbólica, configuraciones estructurales heredadas que modelan las formas de percepción, cognición, emoción y acción. Los esquemas, en Jung, pueden ser identificados con estructuras psíquicas relativamente estables que guían la aprehensión de la experiencia y su simbolización, tales como las imágenes primordiales (*Urbilder*), las matrices míticas y las formas simbólicas recurrentes. Las entidades de este estrato psíquico, como el Self, el Anima/Animus y la Sombra, funcionan como organizadores dinámicos que median entre las tendencias conscientes e inconscientes, regulando el equilibrio interno. Los procesos como la individuación, la *transcendentia* y la *coniunctio* representan trayectorias transformativas en las cuales la conciencia integra progresivamente los contenidos inconscientes, tendiendo hacia la realización de la totalidad psíquica.⁹

Así, la confrontación entre Freud y Jung no solo refleja un cambio de paradigma, sino también una expansión de los territorios investigados en la cartografía de lo inconsciente, desplazándose desde el conflicto biográfico reprimido hacia las matrices universales de la experiencia humana. En esta línea, la proposición de Jung de los *Tipos psicológicos* (1921) constituye uno de sus esfuerzos más sistemáticos por replantear las bases de la psicología profunda en una dirección distinta a la freudiana. En esta obra, Jung ya no se limita a concebir el inconsciente como un depósito de deseos reprimidos (Inconsciente Relativo), sino que integra plenamente la noción de un inconsciente colectivo (Inconsciente Absoluto Relativo), entendido como una dimensión transpersonal estructurada por arquetipos universales.

Además, el inconsciente adquiere una función compensadora y autorreguladora respecto de la conciencia, buscando equilibrar sus unilateralidades. Las manifestaciones conscientes e inconscientes se organizan dinámicamente alrededor de las funciones psíquicas (pensamiento, sentimiento, sensación e intuición) y de las actitudes de introversión y extraversión, de modo que las funciones no dominantes permanecen latentes en el inconsciente, cumpliendo un rol compensatorio. De este modo, la tipología junguiana no solo traza una cartografía de la conciencia, sino que ofrece una vía de acceso indirecto al inconsciente: cada tipo psicológico proyecta una “sombra” funcional cuya integración es esencial para el proceso de individuación. En este contexto, el inconsciente deja de ser visto como mero generador de síntomas, para ser concebido como el reservorio de las potencialidades no desarrolladas del Self, cuyo despliegue progresivo guía el movimiento hacia la totalidad psíquica.

Para Jung, el inconsciente tiene dos niveles: un Inconsciente Personal —coincidente en parte con Freud— donde se almacenan recuerdos reprimidos, traumas y vivencias individuales no integradas, y un Inconsciente Colectivo, radicalmente distinto al modelo freudiano, que no surge de la experiencia personal, sino que está constituido por arquetipos universales y formas simbólicas ancestrales compartidas por toda la humanidad. Esta concepción introduce una dimensión ontológica y transpersonal al inconsciente, de naturaleza filogenética y evolutiva, convirtiéndolo en un reservorio de las memorias de la especie y, en consecuencia, en una fuente de sabiduría, orientación simbólica y procesos de individuación. Así, si el Inconsciente Personal contiene recuerdos reprimidos, elementos olvidados y complejos emocionales no resueltos, el Inconsciente Colectivo propone un modelo inclusivo, ontogenético y filogenético, que

se despliega en procesos de representación simbólica y de desarrollo psíquico mediante los arquetipos ([*arché*], principio, fuente u origen, y [*týpos*], marca, huella o molde): formas primordiales del psiquismo humano como el sabio, el héroe, el ánima/ánimus, la sombra, la madre, el padre, entre otros, que estructuran la experiencia y emergen en los mitos, religiones, sueños y símbolos culturales.

Jung concibe los arquetipos como patrones estructurales universales que, filogenéticamente, organizaron las posibilidades de existencia y representación en el psiquismo humano (por ejemplo, el héroe, la madre, el mago, el embaucador, el guerrero, el amante), y que funcionan como formas primarias, análogas a tendencias de acción y percepción evolutivamente codificadas. Estos patrones, en su despliegue, se articulan en matrices organizativas más complejas —como las matrices prometeica, epimeteica, apolínea y dionisiaca¹⁰— donde diferentes patrones interactúan y configuran campos de significación simbólica. Estos patrones corresponden a estructuras formativas primarias que luego se combinan, integran o tensionan en esquemas, matrices y configuraciones dinámicas donde estos patrones forman sistemas de organización de la experiencia. Los arquetipos se expresan en relatos míticos, imágenes oníricas y símbolos culturales, pero su raíz remite a tendencias órficas profundas, vinculadas al cerebro reptiliano y límbico, integrando dinámicas de sobrevivencia, relacionalidad y organización emocional arcaica. Ambos niveles no deben ser hipostasiados como entidades en sí mismas, sino entendidos como principios de estructuración dinámica de la actividad psíquica, comparables a las estructuras de acción tempranas observables en la filogénesis (como los patrones de supervivencia, manipulación, cooperación o defensa).

Igualmente, Jung distinguió al inconsciente colectivo no sólo como una instancia diferenciada, dotada de unidad e identidad propias, sino que también le atribuyó una finalidad específica: el proceso de ‘*individuación*’, entendido como el movimiento progresivo hacia la integración de las distintas instancias psíquicas y la realización del sí-mismo. En el marco de su Psicología Analítica, Jung formuló la individuación como el proceso psicológico central, caracterizado por la integración dialéctica de los contrarios —especialmente la relación entre el Yo y la sombra, el ánima/ánimus y el Sí-mismo—. Así, el inconsciente, lejos de ser concebido únicamente como fuente de conflicto y represión, se transforma en un agente activo de desarrollo y autorregulación. Esta perspectiva aproxima a Jung, en ciertos aspectos, a autores como Ferenczi y Groddeck, en cuanto reconoce al inconsciente no sólo como un depósito de contenidos reprimidos, sino como un campo formativo dinámico, orientado a la complejización, la síntesis y el despliegue de las potencialidades psíquicas.

Abordando esta perspectiva, Marco Balenci (2020, 2021, 2022) ha desarrollado una línea de investigación comparativa que integra el pensamiento de C. G. Jung y G. Groddeck, destacando sus afinidades en torno a la concepción de un inconsciente no limitado a la represión pulsional, sino entendido como fuerza formativa primaria. Basándose en conceptos como el *Self* en Jung y el *Ello* (Das ES) en Groddeck, Balenci propone una aproximación que subraya la dimensión estructurante, creativa y filogenética del inconsciente en ambos autores, en continuidad con la tradición de Carl Gustav Carus. A través de sus escritos —*La práctica analítica de Jung y Groddeck: métodos alternativos* (2020), *Los métodos analíticos de Georg Groddeck y Jung* (2021), y *Totalidad en la concepción de Groddeck y Jung: Ello y Self* (2022)—, Balenci evidencia cómo ambos modelos, más allá de sus diferencias, convergen en una visión holística de la psique, donde el inconsciente es fuente de transformación simbólica y no mero depósito de contenidos reprimidos.

Nivel INCONSCIENTE. (Aportes de C. G. Jung a la noción de Inconsciente)

1. Primeras aproximaciones: Convergencias (1900–1912)

- | |— Adopción inicial de la idea de conflicto psíquico y represión de contenidos.
- | |— Estudios sobre los complejos: asociaciones, conciencia, núcleos inconscientes.
- | |— Hipótesis de la energía psíquica (libido) aún dentro de un marco sexual.
- | |— Emergencia de la noción de una actividad inconsciente autónoma y significativa.
- | |— Primeras intuiciones de un inconsciente creativo y prospectivo.

2. Divergencia y ruptura. Energía psíquica (1912–1916)

- | |— La libido redefinida como energía vital indiferenciada, no exclusivamente sexual.
- | |— Crítica a la hipersexualización de lo psíquico: multiplicidad de lo inconsciente.
- | |— Función compensadora del inconsciente: equilibrio unilateralidades conscientes.
- | |— Germen de la diferenciación entre inconsciente personal e inconsciente colectivo.

3. La estructuración dual: Inconsciente Personal e Inconsciente Colectivo (1916–1921)

- | |— Inconsciente Personal:
 - | | |— Núcleo de recuerdos reprimidos, olvidados o no integrados de la vida individual.
 - | | |— Asociación libre, interpretación de sueños, análisis de complejos personales.
- | |— Inconsciente Colectivo:
 - | | |— Estrato supraindividual de la psique, heredado filogenéticamente.
 - | | |— Constituida por arquetipos: patrones filogenéticos universales.
 - | | |— Self, esquemas protopsíquicos, proceso de individuación.

4. La función simbólica y la representación arquetípica (1921–1935)

- | |— Desarrollo en Tipos psicológicos (1921).
- | |— El sueño como manifestación simbólica.
- | |— Los arquetipos: imágenes primordiales, imago materna, paterna, héroe, sombra, Self.
- | |— El inconsciente como productor de sentidos simbólicos.

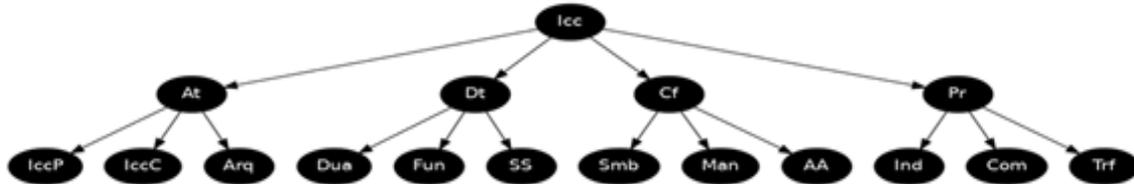


Figura N 4. Estructura Junguiana de la noción de Inconsciente

GEORG GRODDECK (1866–1934):

El Ello (Das Es) y el inconsciente vital: la vida que nos vive.

No soy yo quien vive, sino que algo me vive. El Ello me empuja a hacer cosas que yo mismo no comprendo. Yo creo que me muevo por mi voluntad, pero en verdad soy movido por el Ello. Groddeck, Georg (1923)

Este médico alemán, formado en la estricta educación prusiana de finales del siglo XIX —bajo la impronta del orden bismarckiano—, se acercaría tardíamente a Sigmund Freud hacia 1917–1918, cuando ambos transitaban ya los años de madurez de sus respectivas prácticas médicas. Groddeck contaba entonces con 51 años y Freud con 61, y ambos habían desarrollado un extenso y reconocido ejercicio profesional en sus campos. En este contexto, será precisamente Groddeck quien desempeñe un papel central en la ampliación —o, más propiamente, en la transmutación— de la noción de inconsciente de la primera tópica freudiana (el inconsciente como lugar de lo reprimido) hacia un modelo dinámico más complejo, que prefigurará el concepto de Ello en la segunda tópica (*El Yo y el Ello*, 1923).

Sin embargo, en esta relación de cooperación y confrontación —no exenta de momentos amargos y decepcionantes, como atestiguan las correspondencias conservadas— Groddeck propondrá su propio concepto de Ello (Das ES), que abrirá una dimensión de lo inconsciente apenas vislumbrada hasta entonces: una fuerza vital organizadora, en profunda resonancia con la original proposición de Carl Gustav Carus, ampliando y profundizando uno de los estratos de lo inconsciente vital que Carus había apenas bosquejado.

Cabe señalar que, en Freud, aunque el Ello es descrito como el núcleo más antiguo y primitivo del aparato psíquico, su formulación no llega a configurar una estructura holótica dotada de unidad, identidad y finalidad propias. El Ello freudiano permanece delimitado principalmente como un depósito de pulsiones conflictivas, regido por el principio del placer y en tensión permanente con las instancias del Yo y el Superyó —quizás con alguna proyección parcial hacia estratos del inconsciente absoluto relativo (Icc. Abs. Rel.), pero sin alcanzar una integración plena en un inconsciente absoluto generalizado (Icc. Abs. Gral.)—, mientras que Groddeck introduce la idea de un Ello viviente, autónomo y organizador de la existencia mediante una serie complementaria de procesos somáticos y psíquicos, otorgando así al inconsciente una dimensión mucho más generativa, determinante y simbólica que la planteada en el esquema dinámico freudiano. Su concepción se sitúa casi en la frontera misma entre los estratos del inconsciente absoluto general (Icc. Abs. Gral.) y del inconsciente absoluto relativo (Icc. Abs. Rel.), anticipando una visión más holárquica y formativa de la vida psíquica inconsciente

La historia de este complejo vínculo ha sido ampliamente documentada en diversas fuentes historiográficas, comenzando por la versión canónica —y parcial— de Ernest Jones (*La vida y obra de Sigmund Freud*, 1953–1957), pasando por los estudios más específicos de Carl y Sylvia Grossmann (*Groddeck: el psicoanalista profano*, 1967), y la producción de Ángel Cágigas, quien aborda diversos aspectos de la obra groddeckiana en títulos como *Georg Groddeck. Sobre Ello* (1997), *G. Groddeck. El soñador de mundos* (1999), y la edición anotada de la *Correspondencia Ferenczi–Groddeck (1921–1933)* (2003). Asimismo, Janusz Martynkewicz (*Georg Groddeck. Una vida*, 2005) ofrece una reconstrucción biográfica detallada y rigurosa, mientras que Michele M. Lualdi ha ampliado y enriquecido la comprensión de este itinerario a través de sus recientes y meticulosas investigaciones (*Il Re Selvaggio*, 2022; *La indestructible amistad: Correspondencia Ferenczi–Groddeck*, 2023).

A este corpus se suma un conjunto de contribuciones analíticas y críticas provenientes de autores como Paul Roazen, Antonio Lázaro Ávila, Lucas Napoli dos Santos, John Kerr, Richard Noll, Peter Rudnytsky, Gian Carlo Stoccoro, Martin Grothjan y Aleksandar Dimitrijević, entre otros, cuyos trabajos ofrecen perspectivas complementarias y enriquecedoras sobre la figura de Groddeck y su contexto intelectual. Adicionalmente, las cartas cruzadas entre Freud y Groddeck —especialmente las enviadas entre 1917 y 1923—, junto con otras correspondencias paralelas como las de Ferenczi–Groddeck y Freud–Ferenczi, ofrecen un testimonio vívido y matizado de las tensiones, malentendidos y convergencias que caracterizaron esta singular y fecunda relación intelectual.

En este entramado historiográfico y documental, la figura de Georg Groddeck se perfila no solo como un inspirador lateral de la segunda tópica freudiana, sino como un pensador radical, cuya concepción del Ello abre una vía inédita hacia la comprensión del inconsciente como principio vital formativo, trascendiendo los límites tradicionales de la teoría pulsional y ampliando los horizontes de la metapsicología contemporánea.

Antes de su encuentro con Freud, la formación de Georg Groddeck estuvo profundamente marcada por dos influencias decisivas: la figura de su padre, Karl Theodor Groddeck, y la enseñanza de Ernst Schwenger. Estos antecedentes forjarán en Groddeck una actitud médica que, más tarde, le permitirá conjeturar procesos más allá de la medicina regular e inaugurar una auténtica psicosomática clínica. Su padre, médico de gran carisma y notable independencia de criterio, cultivaba una actitud crítica hacia los triunfalismos de la medicina moderna. Karl Groddeck se mostraba escéptico ante los avances científicos de su época, burlándose abiertamente de los anuncios grandilocuentes de la bacteriología y de las expectativas depositadas en descubrimientos como el bacilo de la tuberculosis o el cólera. Este escepticismo, sin embargo, no derivaba en ignorancia, sino en una conciencia aguda de los límites de la ciencia y de su tendencia a absolutizar verdades provisionales. Esta postura crítica lo colocaba, en cierto modo, en tensión

con el creciente paradigma biomédico mecanicista que avanzaba en Europa, aún bajo la influencia de la *Naturphilosophie* y sus ideales organicistas. Desde muy pequeño, Groddeck acompañó a su padre en visitas domiciliarias, donde aprendió que la práctica médica no podía reducirse a la técnica, sino que requería un acercamiento empático al enfermo, considerado como una totalidad viviente y sufriente.

En contraposición a la formación de otros estudiantes de medicina —que iniciaban su aprendizaje en salas de disección, sobre cadáveres—, Groddeck recibió una primera educación clínica basada en el contacto humano, en la escucha activa de las historias de vida y en la observación directa de los procesos de enfermedad y curación en el marco doméstico. Posteriormente, el encuentro con Ernst Schweningen, médico personal de Bismarck, reforzará en Groddeck una visión aún más radical: la curación debía apoyarse fundamentalmente en los procesos naturales del organismo, utilizando técnicas de apoyo que respetaran los ritmos y las fuerzas internas del cuerpo. Schweningen defendía la idea de que “la naturaleza sana, el médico ayuda”, consigna que Groddeck adoptó como propia y que en 1913 plasmaría en su libro *Nasamecu*. Desde esta perspectiva, el médico no era el protagonista de la curación, sino apenas un facilitador de un proceso autoorganizado por la propia vida.

Estas experiencias tempranas —el escepticismo ante la soberbia científica, la centralidad de la relación médico-paciente y la confianza en las fuerzas naturales de curación— sentaron las bases de una concepción del inconsciente como fuerza vital autónoma y formativa. Mucho antes de su acercamiento al psicoanálisis, Groddeck había intuido que los síntomas físicos no eran simples fallos orgánicos, sino expresiones simbólicas de un conflicto interior, organizadas por una voluntad inconsciente que escapaba al control del Yo.

Así, la clínica groddeckiana temprana se situaba en la intersección entre la tradición organicista de la *Naturphilosophie* y una nueva sensibilidad hacia la unidad psicofísica, anticipando no solo su posterior formulación del Ello (Das Es), sino también los desarrollos fundamentales de la medicina psicosomática y de una epistemología vitalista de la subjetividad. Durante más de quince años, Georg Groddeck trabajó en la clínica de Marienhöhe, en Baden-Baden, ejerciendo una medicina inspirada en el naturalismo vitalista de su época —marcada por corrientes que privilegiaban la unidad viviente del ser humano frente a la fragmentación biomédica predominante—. En contacto cotidiano con trastornos somáticos de difícil explicación médica, Groddeck fue gradualmente esbozando una concepción singular del inconsciente, radicalmente distinta de la de sus contemporáneos y, en muchos aspectos, preludiando los desarrollos freudianos.

Un momento decisivo en esta evolución fue su experiencia con el caso de Frau A., primero, y de Fräulein G., después: dos pacientes que lo confrontaron con síntomas resistentes a los marcos terapéuticos tradicionales. Groddeck, que para entonces ya era un prolífico escritor tanto de literatura como de ensayos médicos, comenzó a advertir la relevancia clínica del simbolismo y de los significados ocultos subyacentes a las manifestaciones corporales. Aunque aún no conceptualizaba su trabajo en términos explícitos de lo “inconsciente” o de lo “órfico”, su atención empezó a desplazarse hacia los aspectos relacionales invisibles, y las correspondencias secretas entre el cuerpo y las emociones reprimidas, que actuaban como claves interpretativas del proceso de enfermar. Este giro en su ejercicio clínico —que puede considerarse un verdadero despertar a la dimensión simbólica de la enfermedad— lo llevó a interesarse profundamente en las motivaciones psíquicas subyacentes de sus pacientes, abriendo así una puerta inaugural hacia el mundo de lo inconsciente.

El primer fruto importante de esta transformación fue la culminación de un trabajo escrito en honor a Ernst Schweningen: *Nasamecu. Natura sanat, medicus curat* (1913), subtítulo “*La comprensión de la persona en la salud y en la enfermedad*”. Allí, Groddeck explicitaba ya su convicción de que la medicina debía orientarse a descifrar la totalidad viviente del ser humano, y no simplemente a reparar partes aisladas; y que la enfermedad, lejos de ser un accidente físico, debía entenderse como una expresión inteligible de un conflicto vital más profundo.

Durante más de quince años en la clínica de Marienhöhe, en Baden-Baden, Georg Groddeck fue gradualmente delineando una aproximación psicosomática radical, en la que la enfermedad comenzó a entenderse no solo como una disfunción biológica, sino como una creación simbólica, un lenguaje cifrado de conflictos interiores no conscientes. Su práctica cotidiana, centrada en el contacto directo con pacientes

cuyos síntomas escapaban a las explicaciones biomédicas tradicionales, lo llevó a intuir que el cuerpo mismo hablaba un lenguaje inconsciente. Como destaca Michele Lualdi, esta concepción no veía al inconsciente como residuo o disfunción, sino como raíz formativa y generativa de la vida consciente, en línea con las intuiciones anteriores de Carl Gustav Carus. Desde estas primeras investigaciones clínicas, Groddeck comenzó a esbozar una idea del Ello no como un simple “depósito de impulsos reprimidos” —como lo plantearía más tarde Freud—, sino como un principio organizador vital, un flujo creativo que modelaba continuamente las formaciones corporales y mentales. Esta fuerza, a la vez inconsciente, reguladora y teleológica, organizaba la vida individual de acuerdo con finalidades propias, muchas veces inaccesibles al Yo consciente.

En este punto, Groddeck anticipaba de manera notable una perspectiva holárquica de la subjetividad, donde el Ello se presentaba como un “gran arquitecto” invisible, capaz de estructurar no solo los síntomas, sino también las emociones, los vínculos y los destinos vitales. Su originalidad radicaba en rechazar la reducción del inconsciente a las categorías de censura o represión, pues para Groddeck, la enfermedad no era un castigo, ni un simple fracaso adaptativo, sino un modo de expresión vital: un lenguaje del Ello, un intento del organismo de “hablar” cuando el Yo no podía o no quería escuchar. Esta aguda intelección configura un original pensamiento en torno a cuatro ejes esenciales: a) la Vitalidad, donde el inconsciente se concibe como fuerza de vida y no como residuo; b) la Formatividad, en tanto organizador de la estructura corporal y psíquica; c) la Regulación simbólica, como instancia de expresión y generación de sentido a través de manifestaciones cifradas; y d) la Propositividad natural, entendida como la capacidad del inconsciente para actualizar dinámicamente las potencialidades vitales, orientándolas hacia el despliegue de configuraciones de sentido y de procesos de individuación.

Premunido de estas intelecciones clínicas, cuatro años después, Groddeck escribe por primera vez a Freud, en 1917, iniciando así el período que puede denominarse de un ‘Groddeck analítico’¹¹, caracterizado por su acercamiento —aunque no sin tensiones— al movimiento psicoanalítico. Tal como señalan Carl y Sylvia Grossmann y Janusz Martynkewicz, Groddeck ya había concebido la existencia humana como vivida por el Ello (Das Es) mucho antes de que Freud formulara su segunda tópica (*El Yo y el Ello*, 1923). De hecho, en sus primeras cartas a Freud, Groddeck sostenía que el ser humano no vive su vida, sino que es vivido por una fuerza inconsciente que lo organiza, una intuición que rebasaba la concepción conflictiva y pulsional predominante en el psicoanálisis de la época.

Sin embargo, en esta fase inicial, no buscaba disputar ni reformular teóricamente el marco freudiano, sino más bien transmitir su experiencia clínica, dialogar con Freud, acercar el psicoanálisis a la comprensión de los trastornos orgánicos —eje fundacional de la futura psicósomática—, y de un modo más subrepticio, a que se reconociera su concepción del Ello (Das Es) como una energía estructurante de todo acontecer humano, más allá de las limitaciones de la teoría pulsional clásica. En él, el Ello (Das Es) no puede entenderse como una formulación cerrada ni como una sistematización definitiva, pues su aproximación fue eminentemente clínica, experiencial y pragmática, profundamente enraizada en la observación de los procesos vitales y en la relación directa con sus pacientes. Para Groddeck, el Ello representa ante todo una fuerza vital primaria que nos vive: no somos nosotros quienes dirigimos nuestra existencia, sino que somos vividos por el Ello, una instancia vital que no se manifiesta como un residuo reprimido, ni como una entidad tópicamente delimitada, sino como una matriz activa, formadora y simbólica, que modela tanto los síntomas corporales como los procesos anímicos. En sus formulaciones, Groddeck sostiene que el Ello regula los procesos somáticos y psíquicos, actuando como un gran arquitecto invisible de la existencia individual. No se trata de un depósito de impulsos reprimidos, sino de un flujo creativo, una corriente simbólica que organiza de forma constante la estructura corporal y mental de cada ser humano.

No obstante, Groddeck se muestra reacio a teorizar en exceso sobre esta noción; en varias ocasiones —tanto en *El Libro del Ello*, en su *Correspondencia con Freud* y en varios artículos clínicos— aclara que no pretende hacer del Ello un concepto sistemático, sino considerarlo una herramienta funcional, útil para nombrar aquello que escapa a la comprensión racional directa, reconociendo que el término le resultaba cómodo, y señalando que no aspira a definirlo exhaustivamente, preservando así su dimensión

dinámica, plástica y simbólica. Este rasgo —una oscilación entre afirmaciones intuitivas y resistencia a la sistematización— que caracterizaba profundamente su pensamiento, lo llevó no a profundizar en una metafísica del Ello, sino más bien a conformarse con señalar una experiencia vital: la del ser humano como expresión de una voluntad inconsciente que atraviesa su corporeidad, su psiquismo y su destino.

Profundizando en los implícitos de esta concepción, apreciamos que bajo esta intuición, convertida en tesis nuclear, subyacen —como hemos señalado anteriormente— ciertos ejes fundamentales del acontecer humano: Vitalidad, Formatividad, Regulación simbólica y Propositividad natural. Así, en su concepción, el Ello se manifiesta como:

a) Una instancia pulsional, cuya Vitalidad como fuerza de vida no solo mantiene el ser vivo en su continuidad básica, sino que impulsa su expansión, su transformación y su emergencia de nuevas formas de existencia. El Ello no es un principio conservador, sino una dinámica creadora que sostiene la vida en su devenir incesante.

b) Una instancia formativa, que organiza, regula, desarrolla y conjuga la estructura corporal y psíquica, articulando el cuerpo, las emociones, las representaciones y las trayectorias vitales. El Ello opera como un principio estructurador que modela, a partir de su matriz inconsciente, las configuraciones concretas de la vida individual.

c) Una instancia simbólica, cuya Regulación simbólica da sentido a las expresiones somáticas, representacionales y operatorias: en ella, los síntomas, los actos fallidos, los sueños y las formaciones sustitutivas no son meros accidentes, sino lenguajes cifrados que expresan conflictos, deseos y necesidades profundas, muchas veces inaccesibles al Yo.

d) Una instancia procesual, que actúa a través de transformaciones continuas, modelando y reconfigurando la vida desde dentro, regulada por una Propositividad natural: una tendencia inherente de las fuerzas vitales inconscientes a organizar, desplegar y actualizar configuraciones de sentido, sin finalidad consciente predeterminada, pero orientadas hacia el buen suceder del desarrollo individual y la individuación subjetiva.

La concepción del Ello (Das Es) en Groddeck, entendida como holón, invita a un análisis estructural que abarca dimensiones atributivas, distributivas, configuracionales y procesuales. Como holón, el Ello posee la característica esencial del principio de Jano: una unidad bifrontal, en la que coexisten simultáneamente dos órdenes complementarios e inseparables. Esta estructura plantea un problema central: ¿cómo conceptualizar una entidad que, siendo única, se manifiesta en polaridades constitutivas? A lo largo de la historia del pensamiento, esta misma cualidad ha recibido múltiples denominaciones según el horizonte cultural y epistemológico: el Uno (Plotino), la Voluntad (Schopenhauer), Dios (en distintas tradiciones teológicas), el Inconsciente Absoluto General (en formulaciones psicoanalíticas ampliadas), el Ser (en Heidegger), el Tao (en la filosofía taoísta), la Symploke Universal (Bioanálisis) entre otros equivalentes. Todos estos conceptos reflejan de algún modo la intuición de una unidad generadora, que no se opone a la multiplicidad, sino que la contiene y proyecta.

Desde una aproximación bioanalítica, el Ello groddeckiano puede ser considerado un holón primario, portador de las propiedades connaturales de todo holón: autonomía relativa, integración en niveles superiores, capacidad de autoorganización y dinámica de transformación. No obstante, dado que el Ello groddeckiano opera en la frontera entre dos estratos de la psique —el inconsciente absoluto general y el inconsciente absoluto relativo— las categorías mencionadas no se presentan como compartimentos estancos, sino que tienden a entrecruzarse y solaparse entre los distintos niveles. Así con todo, en una primera rama descendente del Ello como holón, se da forma a cuatro subholones específicos: atributivos (sector de lo objetivo, sector de núcleo subjetivo, fuerza vital, autoorganización espontánea, direccionalidad interna, propositividad, capacidad de adaptación holótica, entre otros); distributivos (gradación de niveles de inconsciencia, constitución del aparato mental basal, organización somato-psíquica, entre otros); configuracionales (integraciones corporales y protopsíquicas, expresión simbólica primitiva, formación de imágenes simbólicas autoplásticas del self, configuración de patrones, esquemas y matrices psíquicas vitales

de defensa, emergencia de arquetipos rudimentarios, entre otros); y procesuales (dinámicas de cambio, procesos de transformación continua, autorregulación hemodinámica y modulación de tensiones vitales).

Debe considerarse que fenómenos atribuibles a una dimensión —por ejemplo, configuracional— pueden manifestarse simultáneamente como aspectos distributivos o procesuales, reflejando la naturaleza anfimíctica, radicular y rizomática del funcionamiento psíquico primario en esta región basal. Además, debe considerarse que todo ello se articula en conjunción con los géneros de materialidad M1 (corpóreo), M2 (representacional) y M3 (relacional), aunque el desarrollo detallado de estas dimensiones corresponde a otro análisis.

En síntesis, es posible afirmar que el legado principal de Groddeck no reside en haber formulado una teoría sistemática del inconsciente, sino en haber abierto una vía de exploración radical, donde cuerpo y alma, enfermedad y creación, se comprenden como manifestaciones de un único proceso vital inconsciente. Así entendido, el Ello groddeckiano se erige como una forma germinal, situada entre el Inconsciente Absoluto General (Icc. Abs. Gral.) y el Inconsciente Absoluto Relacional (Icc. Abs. Rel.), operando en la frontera inferior de este último, donde lo viviente y lo inconsciente se entrelazan en un estado originario, anterior a toda representación formal o simbolización acabada.

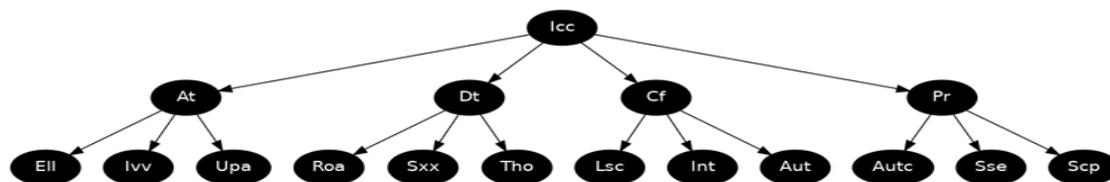


Figura N 4. Estructura Groddeckiana de la noción de Ello (Das Es) y del Inconsciente

Nivel INCONSCIENTE. (Aportes de G. Groddeck al ELLO (Das ES) y al Inconsciente.

Primeras intuiciones: La vida vivida por el Ello (1900–1917)

- | |— Idea de una fuerza inconsciente autónoma que guía la vida.
- | |— Superación del dualismo cuerpo-alma: unidad viviente atravesada por el Ello.
- | |— Enfermedad, salud y creación como manifestaciones de un proceso inconsciente.
- | |— Carácter primario y no representacional de las manifestaciones del Ello.

Conceptualización preliminar del Ello: El inconsciente vital (1917–1923)

- | |— Definición del Ello como principio de autogénesis, transformación y dirección vital.
- | |— Acción del Ello sobre lo somático y lo psíquico: isomorfismo somato-psíquico.
- | |— Desdibujamiento de los límites entre deseo, síntoma y proceso vital.
- | |— Negación de la separación entre Icc, reprimido y procesos vitales inconscientes.

Aportaciones a la comprensión del Inconsciente: Más allá de la represión (1923–1930)

- | |— El Ello como matriz originaria de todo acto y pensamiento.
- | |— Noción de “vivencia desde el Ello” como experiencia radical del ser vivido.
- | |— Crítica a los modelos conflictuales del Icc. (superación del conflicto–represión).
- | |— Afirmación de un inconsciente anterior y más profundo que el inconsciente dinámico.

Horizonte abierto: El Ello como frontera viva entre materia, vida y psique

- | |— El Icc. como proceso abierto de vida: devenir, autoorganización y transformación.
- | |— Entrelazamiento de M1 (corpóreo), M2 (representacional) y M3 (relacional).
- | |— Emergencia espontánea de formas, síntomas y expresiones autopoiéticas del Ello.
- | |— El Ello como frontera entre el Icc. Abs. Gral. y el Icc. Abs. Rel.

SANDOR FERENCZI (1873 – 1933)

Sándor Ferenczi: Origen del Inconsciente Órfico.

No obstante, lo que sabemos hoy en día, muestra científicamente y de forma decisiva, que existen en el centro del espíritu, elementos inconscientes y semi inconscientes que participan estrechamente en su funcionamiento. Efectuamos, de hecho, innumerables cosas lógicas aunque nuestra conciencia no lo perciba. (Ferenczi, S 1899)

Más allá del reconocimiento de su relevante papel en la historia del psicoanálisis y de sus múltiples aportes a la clínica, la teoría, la técnica y la epistemología psicológicas —latamente documentados tras su duro período de ostracismo y descrédito—, esta unidad se abocará fundamentalmente a revisar los aportes de Ferenczi al conocimiento del Inconsciente y a los fundamentos que lo hicieron posible, y en particular a su descubrimiento de lo órfico como dimensión originaria y subyacente de la vida anímica. Esta aproximación, más que referenciar sus contribuciones o seguir el hilo cronológico de su obra, busca explorar el núcleo más radical de su pensamiento: aquel que subyace al Bioanálisis y que concibe al Inconsciente no solo como una superestructura psíquica, sino también como un holón infraestructural vital —en el límite del Icc. Abs. Gral. y el Icc. Abs. Rel.—, hipersimbólico y prelógico, donde lo inconsciente y lo viviente se entrelazan en un orden anterior a toda codificación representacional y a toda estructuración simbólica definitiva.

Ferenczi, desde su adolescencia y luego en sus primeras investigaciones, manifestó un profundo interés por los fenómenos alterados de conciencia, tales como la hipnosis, la escritura automática, la telepatía y las experiencias mediúnicas. Comienza a abordar estos fenómenos ya en sus *Escritos de Budapest (Escrito N.º 1: El Espiritismo [1899]; Escrito N.º 7: Conciencia y Desarrollo [1900])*, dedicando el primero a la develación de lo psíquico dentro de los fenómenos llamados paranormales, y el segundo a proponer una mirada evolutiva, monista y filogenético-ontogenética de la conciencia humana. En ellos, Ferenczi no se limita a referenciar estos fenómenos, sino que los examina como expresiones de una dinámica psíquica profunda, capaz de revelar aspectos desconocidos del funcionamiento anímico y, en particular, de la conciencia. Este interés se articula con sus posteriores desarrollos sobre la formación de la conciencia, donde Ferenczi avanza hacia una comprensión no lineal ni unívoca de los estados psíquicos, reconociendo en ellos una estratificación múltiple de niveles de percepción, representación y vivencia, cuya raíz última es de naturaleza vital, afectiva y creativa, prefigurando así su acceso a lo órfico: una dimensión protodiscursiva y simbólica donde el inconsciente se manifiesta como fuerza vital, anterior a toda estructuración del yo.

Ferenczi fue el primer pensador en vislumbrar la existencia de un estrato psíquico radicalmente distinto, anterior a la estructuración del aparato mental conocido hasta entonces. Este descubrimiento, apenas esbozado en su *Diario Clínico* bajo el término Orfa, representa la apertura hacia una nueva dimensión de la vida anímica: el dominio de lo órfico. En el pensamiento ferencziano, lo órfico designa un estado de la mente caracterizado por la cualidad de lo autopoiético, en tanto instancia psíquica primaria que produce y mantiene su propia forma de funcionamiento vital ante condiciones de amenaza o desestructuración física y/o simbólica. Se caracteriza por una primigenia vitalidad (voluntad de vivir, alegría de vivir), un hipersimbolismo espontáneo (imágenes autoplásticas, imágenes arquetípicas) y una organización prelógica fusional entre lo corporal y lo psíquico (autotomía. mimetismo). Se trata de una infraestructura psíquica —no una superestructura— en la cual las operaciones simbólicas, la percepción y la conciencia misma se ponen al servicio de la supervivencia, estando aun fenoméricamente indiferenciadas.

El descubrimiento de lo órfico en Ferenczi no fue el resultado de una deducción racional, sino el fruto de una teorización nacida de la confrontación clínica ineludible con el dolor psíquico extremo. En su trabajo con pacientes sometidos a traumas tempranos y abusos relacionales severos —no en vano era considerado el terapeuta de los “casos difíciles”— Ferenczi advirtió que el psiquismo, ante amenazas vitales extremas, no respondía mediante mecanismos de defensa avanzados —como la represión, la negación, el desplazamiento o la formación reactiva—, sino a través de profundas fracturas en su estructura psíquica: clivajes, atomizaciones y escisiones. Frente a la amenaza de muerte psíquica o física, surgían mecanismos de defensa primitivos y de supervivencia extrema que prematurizaban el desarrollo (maduraciones precoces) y/o fragmentaban la unidad mental en subunidades que asumían el control interno y externo del fluir de la conciencia: el “niño sabio” (wise baby), que conserva índices de realidad intrapsíquicos; el “ángel de la guarda”, que contiene el padecimiento hasta un momento futuro liberador; el “falso self”, que adopta funciones de autoprotección precoz sobreadaptándose a las demandas del entorno; el “médico del cuidador”, que asume e intenta reparar la defectualidad de los adultos; el “toy boy/girl”, que se hiperidentifica con el imago sexual del abusador; amén de otros mecanismos como el “síndrome de Estocolmo”, la identificación complementaria con el agresor o la hiperempatía, en los cuales, mediante *splitting* severos de la identidad y mecanismos de acoplamiento mimético, se generaban “vértices” de la personalidad que suplen las deficiencias del yo, asegurando la supervivencia a través de una identificación extrema con las fuentes del daño.

Estos mecanismos, originalmente, no corresponden a desviaciones patológicas en el sentido clásico, sino que expresan la activación de un nivel primitivo de organización de la mente, profundamente ligado al principio de supervivencia. Desde esta perspectiva, Ferenczi intuyó que el psiquismo no opera como un sistema unificado, sino como un campo de estratificaciones, una de las cuales se hace observable a partir de las reacciones frente a traumas intolerables, que producen un regreso funcional a estratos más arcaicos del aparato mental. En este retorno regresivo, se activan mecanismos propios del cerebro reptilíneo (instintos básicos de conservación), modulados rudimentariamente por el sistema límbico (angustia/ansiedad afectos primarios) y apenas organizados por el neocórtex emergente (rudimentos representacionales).

Es en este contexto que Ferenczi refiere a reacciones tales como la hiperempatía, las identificaciones miméticas, las experiencias de hiperpercepción (visual, olfatoria, cenestésica), la ausencia de temporalidad interna, así como las manifestaciones autotómicas, las autoplasticidades somáticas, y también la fuente de fenómenos como la despersonalización, la desrealización y las reacciones primitivas de agitación y paralización. Lo órfico, en este sentido, en tanto respuesta de una mente en estado de emergencia que reconfigura su propia materia psíquica para garantizar su supervivencia, no remite simplemente a un retroceso hacia formas arcaicas, sino que representa la irrupción de un modo de funcionamiento vital anterior a la simbolización estructurada, en el que cuerpo y psique actúan como una antena hipersensible orientada a detectar amenazas, conservar la existencia y modular la experiencia más allá del ámbito de la conciencia reflexiva. Así, Ferenczi no solo abrió una nueva vía para pensar el trauma y la disociación, sino que también anticipó —aunque de forma aún embrionaria— la existencia de un tercer modelo del aparato psíquico: uno que reconoce un estrato vital, presimbólico y prelógico, cuya dinámica no puede comprenderse desde los modelos clásicos del inconsciente reprimido o del conflicto pulsional, sino a partir de una infraestructura órfica de emergencia, autopreservación y reorganización simbiótica.

Desde una perspectiva bioanalítica y siguiendo los desarrollos de Ferenczi, Orfa puede definirse como un holón vital de orden primario, que opera como una unidad funcional autónoma e integrada dentro del sistema psíquico-biológico. Pertenece al Inconsciente Absoluto Relativo (Icc. Abs. Rel.), situándose en el contorno del Inconsciente Absoluto General (Icc. Abs. Gral.), y se localiza en la frontera entre lo no representacional y lo representacional, así como entre lo somático y lo anímico. En condiciones de amenaza vital extrema —especialmente cuando los registros simbólicos (M3) y representacionales (M2) han sido desbordados o aún no se han constituido plenamente— Orfa actúa como una estructura elemental de emergencia, organizando una respuesta autónoma destinada a preservar la continuidad del ser. Orfa, se configura así como una pulsión de vida nuclear, anterior a la simbolización y a la formación de la Subjetividad (lo subjetivo y lo intersubjetivo), caracterizada por una sensibilidad extrema, reactividad inmediata, intuición primaria

y función preservativa, cuyo funcionamiento antecede al lenguaje, al Yo y a toda forma de simbolización organizada.

Lo órfico no es un contenido específico, sino un modo de funcionamiento psíquico y corporal anterior al lenguaje y a la estructuración yoica, caracterizado por la emergencia de formas de vida arcaicas, sensitivo-intuitivas y autopreservativas en contextos de trauma o amenaza vital. Opera como un estrato psico-somático infraconsciente anterior al Inconsciente reprimido (Icc. Rel.) constituido como una infraestructura transindividual, común a la especie, heredada filogenéticamente y modulada ontogenéticamente por el entorno temprano.

Las propiedades estructurales de lo Órfico son:

1. Autopoiesis órfica: se manifiesta como un holón vital infraconsciente que no requiere estructuras externas para organizarse; se reactiva espontáneamente ante crisis y mantiene su lógica interna por emergencia funcional.
2. Autoproducción simbiótica: lo órfico no depende de una simbolización ya establecida ni de un Yo estructurado, sino que genera sus propias formas de operatividad mediante imágenes autoplásticas y/o hipermetafóricas, hiperpercepción o asensorialidad (visual, olfativa, cenestésica, entre otras), mimetismo, automatismos, estigmas somáticos, etc.
3. Cierre operacional simbólico: funciona en un régimen cerrado respecto de los sistemas simbólicos secundarios (lenguaje, moral, lógica), y opera mediante mecanismos propios (autotomía, agitación-paralización, sumisión, colectivismo, condensación afectiva), sin requerir representación convencional.
4. Mantenimiento de la identidad vital mínima: lo órfico conserva una forma basal de identidad psíquico-corpórea centrada en la supervivencia del organismo ante la desorganización, sosteniendo una unidad interna a pesar de la disolución de estructuras superiores (Yo, Superyó, Carácter, Ego, Personalidad).
5. Emergencia como respuesta autopreservativa: lejos de ser pasivo, lo órfico emerge como un sistema activo de contención y reconfiguración, reorganizando el campo perceptual, afectivo y conductual en contextos de trauma o amenaza extrema.
6. Dominio representacional e intuitivo: se caracteriza por una episteme implícita y preconceptual, anclada en la inteligencia corporal, los ritmos internos, los símbolos vivos y los mitos primarios. Presenta una capacidad perceptiva alterada, capaz de captar microseñales del entorno, anticipar el daño y reproducir emocionalmente el dolor del otro.
7. Dimensión filogenética y etológica: actúa como asiento de funciones instintivas, filogenéticas y arquetípicas, vinculadas a patrones comportamentales elementales como la territorialidad y defensa del espacio vital, rituales jerárquicos de dominancia/sumisión, agresión primaria o huida instintiva, acoplamiento sexual automático sin simbolización, y formas rudimentarias de anidamiento y cuidado de la prole. (MacLean, P., 1990)

En consecuencia, Ferenczi desarrolló una noción de funcionamiento psíquico y corporal organizada en torno al lenguaje autosimbólico¹², caracterizado por la emergencia de formas arcaicas de adaptación en contextos de desestructuración yoica o amenaza vital, donde las fronteras entre lo somático y lo psíquico generan respuestas integrales: autoplaticidad, autotomía, fusión simbiótica, resonancia mimética, defensa biotónica, entre otras. Esto constituye una forma de episteme implícita y preconceptual, anclada en memorias filogenéticas, ritmos internos, patrones, esquemas y matrices arquetípicas, con instauración de un estado de doble conciencia, mediado por una capacidad perceptiva alterada, centrada en la captación de microseñales del entorno, anticipar el daño o encarnar el dolor del otro —al modo de una antena parabólica.

Lo órfico opera como un estrato anterior al inconsciente reprimido, y se constituye como infraestructura transindividual, común a la especie, heredada filogenéticamente y modulada ontogenéticamente por el entorno temprano. Representa el asiento de funciones etológicas, instintivas y arquetípicas, diferenciadas de las conductas primarias, secundarias y terciarias (cf. Gallardo, J. V., 2024)¹³. Y ya sea que se las denomine

regresiones benignas o malignas, instintos primarios, o respuestas autopreservativas elementales, estas conductas se expresan como reacciones innatas y estereotipadas, de naturaleza reptiliana, preconceptuales y presimbólicas, tales como: territorialidad y defensa del espacio vital; patrones jerárquicos de dominancia y sumisión; conductas rituales innatas (danza, trance, éxtasis, etc.); agresión primaria o huida automática; acoplamiento sexual automático (sin cortejo simbólico); rituales de apareamiento, anidamiento y cuidado de la prole; reacciones de congelamiento y fingimiento de muerte (thanatosis) frente a amenazas extremas y otras.

Nivel INCONSCIENTE. (Aportes de S. Ferenczi a la noción de ORFA y lo Órfico)

- 1. Primeras intelecciones de lo órfico (1899–1924)
 - Fenómenos alterados de conciencia: hipnosis, mediumnidad, escritura automática.
 - Dinámica de abuso e identificación de Orfa como defensa originaria.
 - Referencia clínica a ‘Orfa’ en pacientes traumáticos graves.
 - Notas del Diario Clínico: clivajes, fusión simbiótica, autoprotección precoz.
- 2. Características estructurales de lo órfico
 - Autopoiesis órfica: emergencia funcional ante amenaza vital.
 - Autoproducción: autoplaticidad, autotomía, hiperpercepción, automatismos.
 - Identidad vital mínima: unidad psíquico-corpórea sin estructuración yoica.
 - Dimensión filogenética y etológica: rituales, patrones reptilianos, thanatosis.
- 3. Características dinámicas de lo órfico
 - Operativo: identificación mimética, fusión simbiótica, condensación afectiva
 - Respuesta autopreservativa: reorganización perceptual, afectiva y conductual.
 - Episteme pre-representacional: corporal, simbólica y mítica.
- 4. Reacciones órficas frente al trauma
 - Fragmentos psíquicos: ‘niño sabio’, ‘ángel de la guarda’, ‘falso self’.
 - Hiperidentificación: ‘toy boy/girl’, médico del cuidador, identificación mimética.
 - Mecanismos miméticos: estocolmización, hiperempatía, agitación-paralización.
- 5. Ubicación holárquica y función del Inconsciente órfico
 - Situación liminar entre Icc. Abs. Gral. e Icc. Abs. Rel.
 - Operación infraestructural sin simbolización representacional.
 - Conservación de la continuidad del ser: antena hipersensible frente al daño.

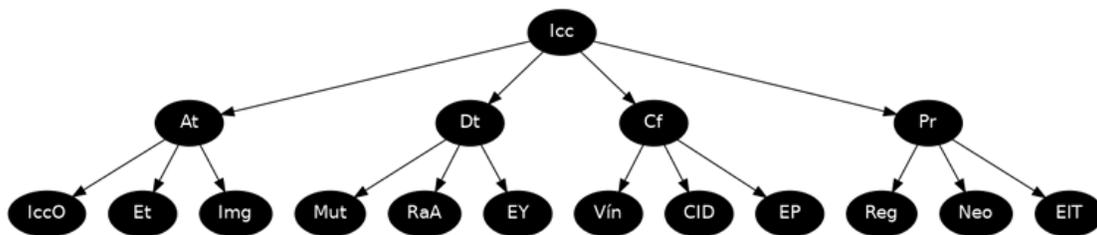


Figura N 5. Estructura Ferenciana de la noción de Orfa y lo órfico.

CONCLUSIONES

Las proposiciones sobre el conocimiento del Inconsciente desarrolladas en este trabajo reflejan la complejidad de este holón psíquico, toda vez que nos enfrentan a las intelecciones, intuiciones y esfuerzos desplegados a lo largo del tiempo por aprehender su materialidad constitutiva (M3), en un proceso que sigue una lógica de complejización progresiva. La exposición de estos cinco pensadores refleja cómo cada uno de ellos ha ofrecido un punto de inflexión significativo para la comprensión del aparato mental, destacando dimensiones del inconsciente que luego otros reformularían, complementarían o transformarían.

Inicialmente, Carus inaugura una visión estratificada y formativa del alma inconsciente, basada en la *Naturphilosophie* y en una perspectiva holótica anticipada a su tiempo; luego, Freud formalizará el inconsciente como un sistema dinámico y estructural, introduciendo mecanismos y tópicos que marcaron la consolidación del psicoanálisis como disciplina. A su vez, Jung propondrá un inconsciente colectivo filogenético, dotado de patrones arquetípicos que median entre el individuo y la cultura; Groddeck transforma al inconsciente en una fuerza vital viviente que nos habita y nos vive, trascendiendo el campo clínico para postular una ontología de la vida psicosomática; y finalmente, Ferenczi develará un nuevo estrato: lo órfico, cuya estructura permite comprender fenómenos que, a lo largo de la historia, han sido parte del logos universal, aunque tratados de forma hipostasiada, literalizada, concreta y no como una estructura vital conservadora en condiciones extremas.

La metáfora del holón —en el sentido de Arthur Koestler (1967), retomada aquí desde el Constructivismo Monolético y el Bioanálisis— permite comprender que cada una de estas cinco concepciones nos acerca al descubrimiento de la estructura del inconsciente y del aparato mental. Desde una aproximación holótica, que considera sus elementos como holones y subholones, es posible visualizar las ramificaciones, rizomas y estromas que emergen de ellos, en función de las propiedades características de cada holón: autopoiesis, integración jerárquica, autonomía relativa y emergencia funcional. Lejos de anularse, estos modelos ofrecen comprensiones luminosas sobre el psiquismo, siempre que se distinga el nivel funcional en el cual adquieren su pleno sentido.

Así, la matriz del inconsciente según Carus opera como una base formativa de la psique (Icc. Abs. Gral.), el inconsciente freudiano corresponde al inconsciente relativo (Icc. Rel.) en el límite entre lo inconsciente y la conciencia, como estructura lingüística, simbólica y pulsional; el inconsciente junguiano puede leerse como una matriz del inconsciente absoluto-relativo (Icc. Abs. Rel.) en el límite con el inconsciente relativo, como fondo arquetípico de memorias y experiencias filogenéticas; el Ello groddeckiano atraviesa estos estratos como fuerza vital autoproducida, reguladora y protectora; mientras que el estrato órfico ferencziano —con Orfa y lo órfico— describe un núcleo vital de reorganización primaria, en el límite inferior del Icc Abs. Rel. Cada uno de estos niveles puede ser interpretado como una dimensión atributiva, distributiva, configuracional o procesual del aparato mental, según los términos establecidos por la teoría bioanalítica tetralógica.

En el modelo bioanalítico se incluyen otros patrones, esquemas y matrices constitutivos de estos distintos estratos, desde los Existenciales Básicos, el Imaginario Erótico o el Edipo hasta los esquemas corporales, afectivos y cognitivos (por ejemplo, en Piaget), que deben considerarse como holones diferenciados de una misma entidad. Estos configuran un campo que exige ser organizado conforme a una lógica holárquica y evolutiva.

La proposición de un modelo unificado —más allá de la crítica que señala que dicha aspiración ha fracasado o que representa una unificación doctrinal reductiva— se plantea aquí como una estructura metateórica que permite integrar, jerarquizar y reconfigurar los distintos aportes sin perder su especificidad. La atribución a Sándor Ferenczi y Georg Groddeck como adalides de una nueva epistemología del siglo XXI encuentra en sus proposiciones metodológicas el germen de esta metodología sintética, anfimíctica, utraquística y mutual. Lejos de ser lineal o acumulativa, esta metodología considera lo estratificado, lo convergente y lo relacional como medios articuladores de los distintos órdenes materiales involucrados: M1 (sustratos somáticos y neurobiológicos), M2 (estructuras representacionales e imaginarias) y M3 (dimensiones simbólicas, relacionales y sociales). Este modelo monista/plural debe incorporar además las

symplokés entre estos niveles —según la lógica materialista de Gustavo Bueno (1992)— y permitir tanto el análisis de los fenómenos psicopatológicos como la elucidación de las estructuras normales y creativas del psiquismo.

En esta línea de trabajo, resulta imprescindible incorporar los aportes de otros autores que han enriquecido el campo del inconsciente y la conciencia desde diversas vertientes teóricas: Bion y su teoría del pensamiento como función psíquica, con los elementos beta y su transformación por la función alfa; Lacan y su proposición del inconsciente como lenguaje, estructurado por el significante y el discurso del Otro; Laplanche y su idea del inconsciente como efecto de mensajes enigmáticos inscritos por el adulto; Matte Blanco y su formulación del inconsciente según una lógica simétrica y ambigua; Klein, Winnicott, Rosenfeld, Green, Ogden y otros, quienes, con sus proposiciones teóricas y clínicas centradas en diferentes y profundos niveles del acontecer psíquico han propuesto originales intelecciones para la comprensión del inconsciente, cuyas contribuciones deben necesariamente ser integradas en un paradigma unificado.

El paradigma aquí esbozado permite concebir que muchas informaciones dispersas —provenientes de la clínica, la neurociencia, la biología evolutiva, la antropología simbólica, la filosofía de la mente, las religiones místicas, la teoría del arte o las experiencias alteradas de conciencia— pueden y deben ser consideradas como indicadores o fragmentos de la estructura del inconsciente entendido como un supra holón psíquico. La historia de la humanidad, con sus sueños, ritos, ficciones y patologías, puede leerse como expresión simbólica de un aparato inconsciente colectivo en evolución. Los aportes de la neurología contemporánea sobre los estados de conciencia mínima, la teoría del cerebro TriUno de Paul MacLean, las investigaciones sobre la memoria implícita, la teoría polivagal, las constelaciones afectivas tempranas y los estudios sobre trauma complejo constituyen campos fértiles que no pueden quedar al margen de esta reconfiguración teórica.

Este trabajo final no constituye un cierre, sino un umbral de integración: establece las condiciones para una futura teoría del aparato mental, donde las dimensiones conscientes, preconscientes, inconscientes y órficas sean pensadas como estratos interdependientes, mutuamente modulantes, y no como entidades separadas. Este modelo ha de permitir comprender desde la emergencia de un símbolo hasta el colapso somatopsíquico, desde el sueño más trivial hasta la creación mística o científica. En él, el inconsciente no será ya “el otro del pensamiento”, sino una arquitectura viva que habita todo lo que pensamos, sentimos, tememos o deseamos: una matriz fluida, organizada y enigmática, cuya exploración apenas comienza.

Juan V Gallardo C

Puerto Varas, 2025

(*) Psicólogo clínico y académico chileno, especialista en psicoterapia, psicoanálisis y bioanálisis, con un enfoque particular en el pensamiento de Sandor Ferenczi y Georg Groddeck. Egresado de la Universidad de Chile en 1980, fue Director del Instituto de Desarrollo Psicológico INDEPSI por más de treinta años, miembro del directorio de la Sociedad Chilena de Psicología Clínica, Director de la Escuela de Psicología de la Universidad Bolivariana (Chile) y Presidente de la asociación Latinoamericana Sandor Ferenczi. ALSF-Chile. En el contexto de la Editorial Biopsique Ltda., ha traducido y editado junto al equipo del INDEPSI los textos de M. Stanton, A. Rachman e Izette de Forest, impartido la formación de postítulo en Psicoterapia Bioanalítica, formando a más de 100 psicoterapeutas y dedicando su carrera a la investigación y difusión del pensamiento de Sandor Ferenczi y la psicoterapia bioanalítica. En la actualidad, explora los alcances del Bioanálisis integrando principios del modelo TriUno de Paul MacLean y la Escuela de Filosofía de Oviedo de Gustavo Bueno. Su trabajo se centra en ampliar el marco epistemológico y teórico del Bioanálisis en el contexto de una epistemología constructivista monolética y los principios epistémicos desarrollados por Ferenczi y Groddeck. Entre sus escritos se encuentran “Normalidad y Anormalidad en Sexualidad”, “Biografía: Sandor Ferenczi”, “Sandor Ferenczi y el ‘conocimiento’ desde una perspectiva bioanalítica”, “¿Qué es el Bioanálisis?: Constructivismo monolético en Sandor Ferenczi”, “Dos mitos acerca del Edipo: horda ferencziana y horda freudiana”, “Modelo bioanalítico y Sexo: nociones de sexualidad

órfica”, “Bioanálisis y Subjetividad”, “Una Aproximación al Lenguaje a partir de Ferenczi y el Bioanálisis” y la Serie: “Consciencia e Inconsciente desde el Bioanálisis y el Constructivismo Monolético: Hacia una concepción holárquica del Inconsciente”. de la cual este artículo es su Parte V, entre otros.

NOTA: Declaración de Optimización y Responsabilidad Intelectual

Este texto ha sido optimizado con la asistencia de ChatGPT, herramienta utilizada para mejorar la claridad expositiva y la coherencia estructural del contenido. Las ideas, argumentos y postulados expresados en el presente documento son de exclusiva responsabilidad del autor, quien mantiene plena autonomía sobre la dirección conceptual y la interpretación de los temas abordados. El rol de ChatGPT en este proceso ha sido el de un referente crítico, facilitando la depuración y precisión en la formulación de conceptos sin alterar la esencia del pensamiento del autor. Su función ha sido la de un interlocutor epistémico, contribuyendo a la profundización y afinamiento de las ideas sin intervenir en su contenido sustantivo. Cualquier análisis, inferencia o conclusión derivada de este texto responde únicamente a la perspectiva y criterio del autor.

BIBLIOGRAFÍA:

- Azcona, Maximiliano (2017). Las críticas de Popper y Grünbaum al psicoanálisis: un abordaje epistemológico de la racionalidad freudiana. Universidad Nacional de La Plata. Disponible en línea: <https://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/59340>
- Balenci, Marco (1993). Los métodos analíticos de Groddeck y Jung a la luz de la filosofía de la naturaleza. ALSF-Chile. Disponible en línea: <https://www.alsf-chile.org/Indepsi/Georg-Groddeck/Los-metodos-analiticos-de-Georg-Groddeck-y-Jung.pdf>
- Balenci, Marco (2018). Totalidad en la concepción de Groddeck y Jung: Ello y Self. ALSF-Chile. Disponible en línea: <https://www.alsf-chile.org/Indepsi/Georg-Groddeck/Totalidad-en-la-concepcion-e-Groddeck-y-Jung-ello-y-self.pdf>
- Balenci, Marco (2021). La práctica analítica de Jung y Groddeck: Métodos alternativos que han prevalecido sobre el psicoanálisis de Freud. ALSF-Chile. Disponible en línea: <https://www.alsf-chile.org/Indepsi/Georg-Groddeck/La-practica-analitica-de-Jung-y-Groddeck-metodos-alternativos.pdf>
- Bokanowski, Thierry (2004). Clivaje, fragmentación y agonía mental: El pensamiento clínico de Sandor Ferenczi. *International Forum of Psychoanalysis*, 13, 20–25.
- Bueno, Gustavo (1999). Diccionario Filosófico: Cuestiones Preambulares: Pensamiento Alicia. Edición digital. Pentalfa Ediciones. Segunda edición, versión 5. Julio de 2021. Disponible en línea: <https://www.filosofia.org/filomat/dfs1s.htm#s1>
- Bueno, Gustavo (2005). Pensamiento Alicia (sobre la “Alianza de las Civilizaciones”). *El Catoblepas*, n.º 45, pág. 2. Disponible en línea: <https://www.nodulo.org/ec/2005/n045p02.htm>
- Cágigas, Ángel (1997). Georg Groddeck: Sobre Ello. Irún: Iralka. Cágigas, Ángel (1999). G. Groddeck: El soñador de mundos. Editorial Del Lunar.
- Cágigas, Ángel (2001). Genio y figura: George Groddeck en imágenes. Editorial Del Lunar.
- Cágigas, Ángel (2003). Ferenczi, S. – Groddeck, G. Correspondencia 1921–1933. Colección del sillón de orejas. Editorial Del Lunar. Introducción, traducción y edición: Ángel Cágigas.
- Cágigas, Ángel (2001). Groddeck, el símbolo y la bisexualidad. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, vol. XXI, n.º 79, pp. 77–81.
- Cágigas, Ángel (s.f.). Semblanzas de un heterodoxo. ALSF-Chile. Disponible en línea: <http://www.alsf-chile.org/Indepsi/Georg-Groddeck/Semblanza-de-un-heterodoxo.pdf>
- Caratelli, Giulio y Felici, Maria Luisa (s.f.). Experiencias y “aventuras” paranormales de Sándor Ferenczi. Trad. Jorge Villanueva. ALSF-Chile. Disponible en línea: <https://www.alsf-chile.org/Indepsi/Articulos/Orfa-Teratoma/Experiencias-y-Aventuras-Paranormales-de-Sandor-Ferenczi.pdf>
- Carus, Carl Gustav (1846 [2021]). *Psique: Sobre a história do desenvolvimento da alma*. Trad. Sidnei Vilmar Noé. Pforzheim: Flammer e Hoffmann.
- Freud, Sigmund (1893). Algunas consideraciones con miras a un estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas. En: *Obras completas*, Vol. I. Buenos Aires: Amorrortu Editores (1976).
- Freud, Sigmund (1895). Proyecto de una psicología para neurólogos. En: *Obras completas*, Vol. I. Buenos

- Aires: Amorrortu Editores (1950).
- Freud, Sigmund y Breuer, Josef (1895). Estudios sobre la histeria. En: Obras completas, Vol. II. Buenos Aires: Amorrortu Editores (1976).
- Freud, Sigmund (1897 [1985]). Carta a Wilhelm Fliess del 21 de septiembre de 1897. En: Correspondencia Freud–Fliess (1887–1904). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, Sigmund (1900). La interpretación de los sueños. En: Obras completas, Vols. IV y V. Buenos Aires: Amorrortu Editores (1979).
- Freud, Sigmund (1901). Psicopatología de la vida cotidiana. En: Obras completas, Vol. VI. Buenos Aires: Amorrortu Editores (1981).
- Freud, Sigmund (1905). Tres ensayos sobre teoría sexual. En: Obras completas, Vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu Editores (1981).
- Freud, Sigmund (1915). Lo inconsciente. En: Obras completas, Vol. XIV. Trad. José Luis Etcheverry. Buenos Aires: Amorrortu Editores (1992).
- Freud, Sigmund (1920). Más allá del principio del placer. En: Obras completas, Vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu Editores (1984).
- Freud, Sigmund (1923). El Yo y el Ello. En: Obras completas, Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu Editores (1984).
- Freud, Sigmund (1925). La negación. En: Obras completas, Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu Editores (1986).
- Gay, Peter (1988). Freud: Una vida para nuestro tiempo. Barcelona: Paidós.
- Grossmann, Carl y Sylvia (1967). El psicoanalista profano. México: Fondo de Cultura Económica.
- Grünbaum, Adolf (1984). The Foundations of Psychoanalysis: A Philosophical Critique. Berkeley: University of California Press.
- Ferenczi, S. (1899a). Escrito 1. Espiritismo. Escritos de Budapest.
- Ferenczi, S. (1899a). Escrito 7. Conciencia y Desarrollo. Escritos de Budapest.
- Ferenczi, S. (1900). Los Escritos de Budapest. En: Les écrits de Budapest. Trad. francesa: Gyorgyi Kurtz y C. Lorin. E.P.E.L., París (1994). Trad. Indepsi, no editada.
- Ferenczi, S. (1924e). Thalassa: Ensayo sobre la teoría de la genitalidad. En: Obras Completas, Tomo III. Madrid: Espasa Calpe (1981).
- Ferenczi, S. (1929a). Masculino y Femenino. En: Obras Completas, Tomo IV. Madrid: Espasa Calpe (1984).
- Ferenczi, S. (1932). Diario Clínico: Sin simpatía no hay curación. Trad. José Luis Etcheverry. Buenos Aires: Amorrortu (1997).
- Gallardo, J. V. (2016). Sándor Ferenczi y lo órfico: Una nueva tónica. Disponible en línea: https://www.researchgate.net/publication/303486350_Sandor_Ferenczi_y_lo_Orfico_Una_nueva_topica
- Gallardo, J. V. (2017). Modelo Bioanalítico y Sexo: Nociones de Sexualidad Órfica. ALSF-Chile. Disponible en línea: <http://www.alsf-chile.org/Indepsi/Psicoterapia-Bioanalitica/Modelo-Bioanalitico-y-sexo-nociones-de-sexualidad-orfica.pdf>
- Gallardo, J. V. (2017). Sándor Ferenczi y lo órfico: una nueva tónica. Asociación Latinoamericana.
- Gallardo, J. V. (2018). Consideraciones Epistemológicas sobre el Bioanálisis de Sándor Ferenczi. ALSF-Chile. Disponible en línea: <http://www.alsf-chile.org/Indepsi/Articulos/Bioanalisis/Consideraciones-Epistemologicas-sobre-el-Bioanalisis-de-Sandor-Ferenczi.pdf>
- Gallardo, J. V. (2021). Ferenczi, Bioanálisis y Subjetividad: Sobre lo Subjetivo y lo Objetivo. ALSF-Chile. Disponible en línea: <https://www.alsf-chile.org/Indepsi/Bioanalisis/Ferenczi-bioanalisis-y-subjetividad-sobre-lo-subjetivo-y-lo-objetivo.pdf>
- Gallardo, J. V. (2024). Consciencia e Inconsciente desde el Bioanálisis y el Constructivismo Monolético. Parte I: Prolegómenos al estudio de la “Consciencia”.
- Gallardo, J. V. (2024). Consciencia e Inconsciente desde el Bioanálisis y el Constructivismo Monolético. Parte II: La “Consciencia” como un Holón.
- Gallardo, J. V. (2024). Consciencia e Inconsciente desde el Bioanálisis y el Constructivismo Monolético. Parte III: Hacia una definición de la “Consciencia”.
- Gallardo, J. V. (2024). Recursos Terapéuticos N.º 54: El rol de la verdad en la psicoterapia.
- Gallardo, J. V. (2024). Revisitando la noción de Inconsciente de Carl Gustav Carus desde el bioanálisis.

- Gurevich, Hayuta (2016). Orpha, funciones órficas y el analista órfico: La “regresión a la dependencia” de Winnicott en el lenguaje de Ferenczi. *The American Journal of Psychoanalysis*, 76(4), 322–340. Disponible en línea: <https://doi.org/10.1057/s11231-016-9049-2>
- Gutiérrez Peláez, Miguel (2008). La noción ferencziana de “Orfa”. *Psicoanálisis*, Vol. XXX, N° 2/3, pp. 285–290.
- Gyimesi, Júlia (2012). Sandor Ferenczi y el problema de la telepatía. *History of the Human Sciences*, 25(2), 131–148.
- Koestler, Arthur (1959). *Los sonámbulos: Historia de las concepciones del universo*. Trad. María Teresa Gallego Urrutia y Amaya Bozal. Barcelona: Ediciones Destino, 1974.
- Koestler, Arthur (1964). *The Act of Creation*. Hutchinson & Co. Ltd., London.
- Koestler, Arthur (1967). *The Ghost in the Machine*. New York: Macmillan.
- Lualdi, Michele (2023). *Il re selvaggio: Georg Groddeck ai congressi psicoanalitici*. Torino: Editorial EBS. (Versión en italiano)
- Lualdi, Michele M. (2022). Georg Groddeck. Parte I: Cuatro adiciones al epistolario Sigmund Freud–Georg Groddeck. Asociación Latinoamericana Sándor Ferenczi Chile. Disponible en línea: www.alsf-chile.org
- Lualdi, Michele M. (2022). Georg Groddeck. Parte II: La huida a la filosofía (Berlín, 1922). Asociación Latinoamericana Sándor Ferenczi Chile. Disponible en línea: www.alsf-chile.org
- Lualdi, Michele M. (2022). Georg Groddeck. Parte III: El VI Congreso Psicoanalítico Internacional (La Haya, 1920). Asociación Latinoamericana Sándor Ferenczi Chile. Disponible en línea: www.alsf-chile.org
- Lualdi, Michele M. (2022). Georg Groddeck. Parte IV: Sobre el tratamiento psicoanalítico de las enfermedades orgánicas (La Haya, 1920). Asociación Latinoamericana Sándor Ferenczi Chile. Disponible en línea: www.alsf-chile.org
- Lualdi, Michele M. (2022). Georg Groddeck. Parte V: Del psicoanálisis de lo orgánico en el hombre (1921). Asociación Latinoamericana Sándor Ferenczi Chile. Disponible en línea: www.alsf-chile.org
- Lualdi, Michele M. (2022). Georg Groddeck. Parte VI: ¡Feliz Cumpleaños, Mr. Groddeck! (Simmel, 1926). Asociación Latinoamericana Sándor Ferenczi Chile. Disponible en línea: www.alsf-chile.org
- Lualdi, Michele M. (2022). Georg Groddeck. Parte VII: El analista salvaje. Asociación Latinoamericana Sándor Ferenczi Chile. Disponible en línea: www.alsf-chile.org
- Lualdi, Michele M. (2022). La correspondencia Groddeck–Ferenczi: Por qué y cómo traducirla. Asociación Latinoamericana Sándor Ferenczi Chile. Disponible en línea: www.alsf-chile.org
- MacLean, Paul D. (1990). *The Triune Brain in Evolution: Role in Paleocerebral Functions*. Springer.
- Martynkewicz, Janusz (2005). *Georg Groddeck. Una vida*. Milán: Il Saggiatore. Trad. Donatella Colombo y Giancarlo Stoccoro.
- Noé, Sidnei Vilmar (2018). Cuando una idea se autor reconoce: Psique y Autoconciencia en Carl Gustav Carus. *Numen*, abril 2019.
- Noll, Richard (1997). *El Cristo Ario: La vida secreta de Carl Jung*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Smith, Nancy A. (1998). El renacimiento de Orfa: hacia un reconocimiento honorable de Elisabeth Severn. *International Forum of Psychoanalysis*, 7(4), 241–246.
- Smith, Nancy A. (1999). Del Edipo hasta Orfa: Revisitando Ferenczi y el paradigmático Caso de Severn. *American Journal of Psychoanalysis*, 59, 345–366.
- Sokal, A., & Bricmont, J. (1998). *Imposturas intelectuales*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica S.A.
- Stark, James F. (2016). Anti-reductionism at the confluence of philosophy and science: Arthur Koestler and the biological periphery. *Notes and Records*, 70, 269–286. <https://royalsocietypublishing.org/doi/pdf/10.1098/rsnr.2016.0021>

Notas al final

1.- Es necesario distinguir entre cuatro términos que suelen confundirse, pero que refieren a conceptos distintos: (1) “holótico” alude al todo como totalidad estructurada, y se refiere aquí a una visión de conjunto que concibe una teoría del “todo” y una teoría nemerológica de las partes; en el ámbito de lo mental, implica una integración compleja de niveles corpóreos (M1), representacionales (M2) y relacionales (M3); (2) “holónico” proviene del concepto de “holón” formulado por Arthur Koestler, y designa una unidad que es simultáneamente parte y todo, basada en el principio de Jano —la doble dirección de integración y subordinación— que permite pensar las unidades psíquicas como estructuras intermedias; (3) “holista” se refiere a una visión global o totalizante que se opone al reduccionismo, pero que frecuentemente deriva en un planteamiento dicotómico y antitético entre “todo” y “parte”, sin una articulación estructural precisa; y (4) “holárquico” remite a una organización jerárquica de holones, que contempla diferentes niveles ascendentes y descendentes, organizados a través de rizomas, radiculaciones y estromas, donde cada nivel integra y supera al anterior sin anularlo, permitiendo comprender la emergencia de propiedades a partir de estructuras anidadas y dinámicamente articulada.

2.- Desde el Bioanálisis, los conceptos de patrón, esquema y matriz psíquica son definidos de la siguiente manera: un ‘patrón’ es una regularidad estructural o funcional que se repite en los fenómenos psíquicos o conductuales, configurando tendencias estables a lo largo del tiempo, como por ejemplo un patrón caracterológico anal-pasivo, que organiza de manera repetitiva las respuestas emocionales y vinculares del sujeto, o un patrón operacional del tipo empático, que estructura de modo consistente las modalidades de resonancia afectiva con el entorno; un ‘esquema’ es una organización interna simplificada de representaciones o acciones que actúa como modelo operativo para interpretar, anticipar y coordinar la experiencia, como por ejemplo el esquema cognitivo piagetano de conservación del objeto, que permite al niño organizar sus percepciones en torno a la continuidad de los objetos, o el existencial básico Yo-Cuerpo, que establece las primeras inscripciones de la identidad corporal como eje organizador de la percepción y de la experiencia del mundo; finalmente, una ‘matriz’ es una estructura generativa y organizadora que dispone elementos psíquicos en patrones de relación interna, permitiendo la emergencia de nuevas configuraciones complejas y su transformación, como por ejemplo la matriz arquetípica en la concepción jungiana, entendida como una estructura filogenética que organiza la emergencia de imágenes simbólicas universales, o el imaginario erótico, que articula representaciones, afectos y escenas en torno a la experiencia de la sexualidad y el vínculo, estructurando desde tempranas etapas los núcleos de deseo y de identidad sexual.

3.- Aunque la obra de Carus no configura un modelo metapsicológico en sentido estricto —es decir, no presenta una arquitectura teórica formalizada sobre los procesos y estructuras del aparato psíquico al modo freudiano o postfreudiano—, su pensamiento puede ser comprendido como protoestructural o premetapsicológico. En este sentido, anticipa las condiciones de posibilidad para una psicología profunda, al ofrecer una ontología del alma basada en la estratificación funcional, el origen inconsciente de la conciencia y la lógica de los procesos formativos internos. Su propuesta inaugura así un horizonte teórico germinal, en el que se inscriben posteriormente autores como Fechner, Hartmann, Janet, Freud, Ferenczi y Groddeck.

4.- El preconsciente no constituye un estrato fijo ni una instancia delimitada de manera absoluta, sino que debe ser comprendido como un ámbito funcional, dinámico y transicional, que opera como límite fluido entre la conciencia y los diversos niveles del inconsciente. No es una estructura cerrada, sino un espacio de tránsito y de umbral, donde los contenidos psíquicos, dependiendo de determinadas condiciones internas o contextuales, pueden devenir conscientes, mantenerse latentes o regresar a formas más profundas de lo inconsciente. Desde esta perspectiva, el preconsciente se manifiesta como una zona de interacción e interpenetración, en la que actúan múltiples procesos: mecanismos de elaboración secundaria, funciones de atención flotante, disposición asociativa libre, estados de relajación, meditación, o incluso determinadas formas de simbolización onírica. A diferencia de lo reprimido —que requiere mecanismos de defensa activos para mantener su exclusión—, los contenidos preconscientes son potencialmente tematizables, es decir, no están reprimidos sino simplemente no actualizados. En el marco bioanalítico, el preconsciente no es solo una instancia topográfica, sino un fenómeno relacional, que resulta de la sympleké entre la actividad consciente, los contenidos representacionales y su articulación con los registros mnémicos, sensoriomotores o afectivos.

5.- Eduard von Hartmann (1842–1906), filósofo alemán, es autor de la influyente obra *Philosophie des Unbewussten* (1870) (La filosofía del inconsciente), donde elabora una concepción sistemática del inconsciente como principio metafísico absoluto, dotado de voluntad y representación. Su propuesta, que intenta unificar el idealismo hegeliano, la voluntad ciega de Schopenhauer y los avances científicos de su época, anticipa varios temas clave del pensamiento psicoanalítico posterior: la actividad psíquica inconsciente, la ambivalencia pulsional, la dimensión irracional del deseo y la determinación inconsciente de la conducta. Aunque su enfoque fue criticado por Freud por su carácter teleológico y especulativo, Hartmann contribuyó a abrir el campo para una psicología del inconsciente articulada con

una visión filosófica de la subjetividad, y su obra sirvió de referencia para pensadores como Lipps, Janet, Adler, Jung y los desarrollos iniciales de la psicología profunda alemana.

6.- La otra fue la divergencia entre Freud y Adler respecto al inconsciente que constituye uno de los ejes centrales de su separación teórica. Mientras Freud concebía el inconsciente como un sistema estructurado de contenidos reprimidos —principalmente sexuales— mantenidos fuera de la conciencia por la censura, Adler reinterpreto su función en términos finalistas y adaptativos. Para Adler, el inconsciente no era un reservorio de deseos conflictivos, sino un ámbito donde operaban planes, metas y estrategias compensatorias orientadas a la superación de sentimientos de inferioridad y la afirmación de la valía personal. Esta diferencia fundamental —entre un inconsciente pulsional-represivo (Freud) y un inconsciente teleológico-compensatorio (Adler)— implicaba una visión radicalmente distinta del aparato psíquico, de la génesis de la psicopatología y del objetivo terapéutico, haciendo insostenible la continuidad doctrinal entre ambos. A partir de esta concepción, Adler desarrolló la Psicología Individual (Individualpsychologie), que desplazó el énfasis desde la represión sexual hacia la dinámica de compensación y superación personal, estructurada en torno a conceptos como la voluntad de poder, el sentimiento de inferioridad, la inferioridad de órgano, los mecanismos de compensación y el estilo de vida. Desde esta perspectiva, el inconsciente ya no es un depósito de pulsiones reprimidas, sino un sistema dinámico de propósitos que orientan la conducta en función de objetivos vitales, conscientes e inconscientes.

7.- Alfred Adler (1870–1937), médico y psicoterapeuta austríaco, fue miembro fundador de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, aunque rompió con Freud en 1911 por profundas diferencias teóricas. Su propuesta inicial sobre la “inferioridad de órgano” y la “compensación psíquica”, él sostenía que ciertas disfunciones somáticas o debilidades constitucionales podían generar una vivencia de inferioridad psíquica, la cual el individuo intentaría compensar mediante mecanismos de sobrecompensación o desarrollo de habilidades sustitutivas. Este principio fue generalizado posteriormente en su teoría del “complejo de inferioridad” y la “voluntad de poder”, donde el motor de la vida psíquica no es la libido sexual, como en Freud, sino la lucha por la superioridad y el sentimiento de comunidad. Aunque Adler no niega completamente la existencia del inconsciente, lo redefine en términos más próximos a hábitos de estilo de vida y patrones conductuales inconscientes, diluyendo así su dimensión dinámica, conflictiva y estructural. Esta concepción más adaptativa, racionalista y pedagógica del psiquismo lo alejó del núcleo metapsicológico del psicoanálisis clásico, consolidando una orientación psicoterapéutica centrada en el sentido, el propósito y la posición social del sujeto.

8.- Para Jung, los arquetipos son ‘patrones’ estructurales universales del inconsciente colectivo que organizan las posibilidades de experiencia, pensamiento, sentimiento y acción en el psiquismo humano. No son contenidos conscientes ni imágenes fijas, sino formas a priori de organización, filogenéticamente consolidadas como tendencias de representación, acción y relación. Funcionan como estructuras primarias que, en su despliegue, se articulan dentro de matrices organizativas más complejas, donde diversos patrones interactúan simbólicamente. Desde esta perspectiva rigurosa, los arquetipos deben ser entendidos como principios formativos dinámicos —no como entidades sustantivas— y su comprensión se integra a un modelo del inconsciente como fuerza formativa primaria, en continuidad con el inconsciente absoluto (General y Relativo) planteado por Carl Gustav Carus.

9.- Los desarrollos teóricos de Carl Gustav Jung suelen ser presentados —especialmente en tradiciones junguianas posteriores— de manera hipostasiada, es decir, como entidades sustanciales, autónomas o trascendentes, desprovistas de su contexto genealógico, clínico y epistemológico. Esta tendencia a reificar nociones como el “inconsciente colectivo”, los “arquetipos” o el “Self” ha contribuido tanto a su difusión como a su desvinculación de una crítica histórica y disciplinaria rigurosa. Sin embargo, una lectura comparativa y deshipostasiada permite reubicar sus aportes dentro del marco de tensiones comunes a la psicología profunda, en especial en lo que refiere a la estructuración filogenética del psiquismo, la teoría de la simbolización y la función prospectiva de lo inconsciente. Desde esta perspectiva, los conceptos junguianos pueden comprenderse como formas de representación metafórica y mítica de estructuras neuropsicológicas profundas, en *symploké* con el mundo representacional (M2) y relacional (M3), constituyendo así una tentativa precoz —aunque no formalizada— de integración entre lo arcaico, lo simbólico y lo intersubjetivo.

10.- Las matrices prometeica, epimeteica, apolínea y dionisiaca refieren a configuraciones simbólicas fundamentales que organizan modos de relación del sujeto con el mundo y consigo mismo, a partir de estructuras arquetípicas heredadas. La matriz prometeica expresa la tendencia a la afirmación del poder creativo, la conquista de lo desconocido y la transformación activa de la naturaleza, encarnando el impulso hacia el dominio, el conocimiento y el progreso. La matriz epimeteica, en contraste, representa la conciencia retrospectiva, la reflexión sobre los errores, la necesidad de reparación y aprendizaje a partir de la experiencia fallida, configurando un eje de sabiduría melancólica. La matriz apolínea organiza las tendencias a la claridad, la medida, la proporción, la racionalidad y la forma, estructurando las aspiraciones hacia el orden, la belleza serena y el equilibrio de los contrarios. La matriz dionisiaca, finalmente,

simboliza las fuerzas de disolución de las formas, la exaltación de la vitalidad irracional, la fusión emocional y la trascendencia de los límites del yo, orientando las experiencias de éxtasis, integración total y transformación radical. Estas matrices funcionan como campos estructurantes del inconsciente colectivo, modulando las manifestaciones culturales, oníricas y simbólicas a lo largo de la historia humana

11.- En el artículo “*Groddeck más allá del Ello*” (Gallardo, J. V., 2018), se propone una división en tres tiempos para comprender la evolución de Georg Groddeck, basándose en su trayectoria vital, clínica y teórica: a) un Groddeck-médico o proto-analítico (1885–1917), correspondiente a su formación y ejercicio en la medicina naturalista, influido por su padre, por Ernst Schweninger y por las tradiciones de la Naturphilosophie, caracterizado por un enfoque empático hacia el paciente, la confianza en los procesos naturales de curación y un escepticismo crítico frente a la medicina mecanicista y positivista emergente; b) un Groddeck-analista o psicosomático (1917–1923 aproximadamente), iniciado con su acercamiento a Freud a través de la correspondencia de 1917, en el cual Groddeck adopta parcialmente el lenguaje psicoanalítico sin abandonar su perspectiva vitalista original, afirmando su concepción del Ello (Das Es) como fuerza organizadora vital y anticipando las tensiones que lo distanciarán del esquema freudiano clásico; y c) un Groddeck-bioanalítico o psicomédico (1923 en adelante), inaugurado con la publicación de *El libro del Ello (Das Buch vom Es, 1923)* y su producción posterior, donde Groddeck configura una epistemología propia que trasciende los límites del psicoanálisis freudiano al integrar cuerpo y psique como expresiones de una unidad vital inconsciente, sentando así las bases para el posterior desarrollo del Bioanálisis como modelo ampliado de la subjetividad y de la clínica psicosomática.

12.- El lenguaje autosimbólico constituye la forma expresiva primordial de lo órfico, emergiendo como una manifestación preverbal e infraconsciente que integra cuerpo, emoción y sentido antes de toda mediación lingüística formal, conservando únicamente su dimensión pragmática. Se articula a través de componentes prosódicos — modulando entonación, ritmo y acento, según estilos operatorios (esclavitud, combatiente, objeto sexual, niño dios, etc.)— y manifestaciones corporales que condensan un estado crítico de órgano: laxitudes, cronificaciones, hipercompensaciones, parálisis, flexibilidad cérea, manierismo, junto a vivencias afectivas arcaicas, configurando un sistema de comunicación dual (operatorio e hipermetafórico) que el sujeto emite y decodifica simultáneamente. En el dominio órfico, este lenguaje actúa como un sistema cerrado de significación, gobernado por mecanismos propios —condensación afectiva, mimetización, automatismos, entre otros— y orientado a preservar una identidad vital mínima, garantizando la continuidad psíquico-corpórea en contextos de amenaza, trauma o desorganización. No se trata de un lenguaje representacional en sentido estricto, sino de una matriz expresiva basal, donde la experiencia es directamente encarnada y transmitida como signo viviente.

13.- En el modelo bioanalítico se distinguen cuatro niveles de comportamiento: un nivel órfico y tres niveles evolutivos (primario, secundario y terciario). Las conductas órficas corresponden a un modo de respuesta arcaico, de origen filogenético, no organizado por las estructuras del Yo ni mediado por sistemas simbólicos convencionales. Este funcionamiento protopsíquico (asociado al “cerebro reptiliano” u órfico del modelo triádico cerebral) se manifiesta de forma infraconsciente, con mínima presencia de la conciencia yoica y con respuestas centradas en la preservación de la vida ante amenazas extremas. Por contraste, las conductas primarias son reacciones instintivas básicas (tropismos, reflejos, etc.) propias de la especie, aunque parcialmente moduladas por el entorno a través de la experiencia temprana. Las conductas secundarias se definen como respuestas asociadas a los determinantes funcionales de los sistemas somáticos en desarrollo, coincidiendo con las fases psicosexuales tempranas –fase ósea, oral, anal, uretral y gonadal, según la secuencia bioanalítica del desarrollo e implicando el inicio de la estructuración del carácter mediante la integración progresiva de factores biológicos, psicológicos y culturales. Finalmente, las conductas terciarias abarcan los patrones conductuales organizados y reflexivos, dotados de intencionalidad simbólica (comportamientos con anticipación, significado y propósito deliberado), vinculados a la integración de las instancias yoicas superiores y a la emergencia de la conciencia ética en el individuo